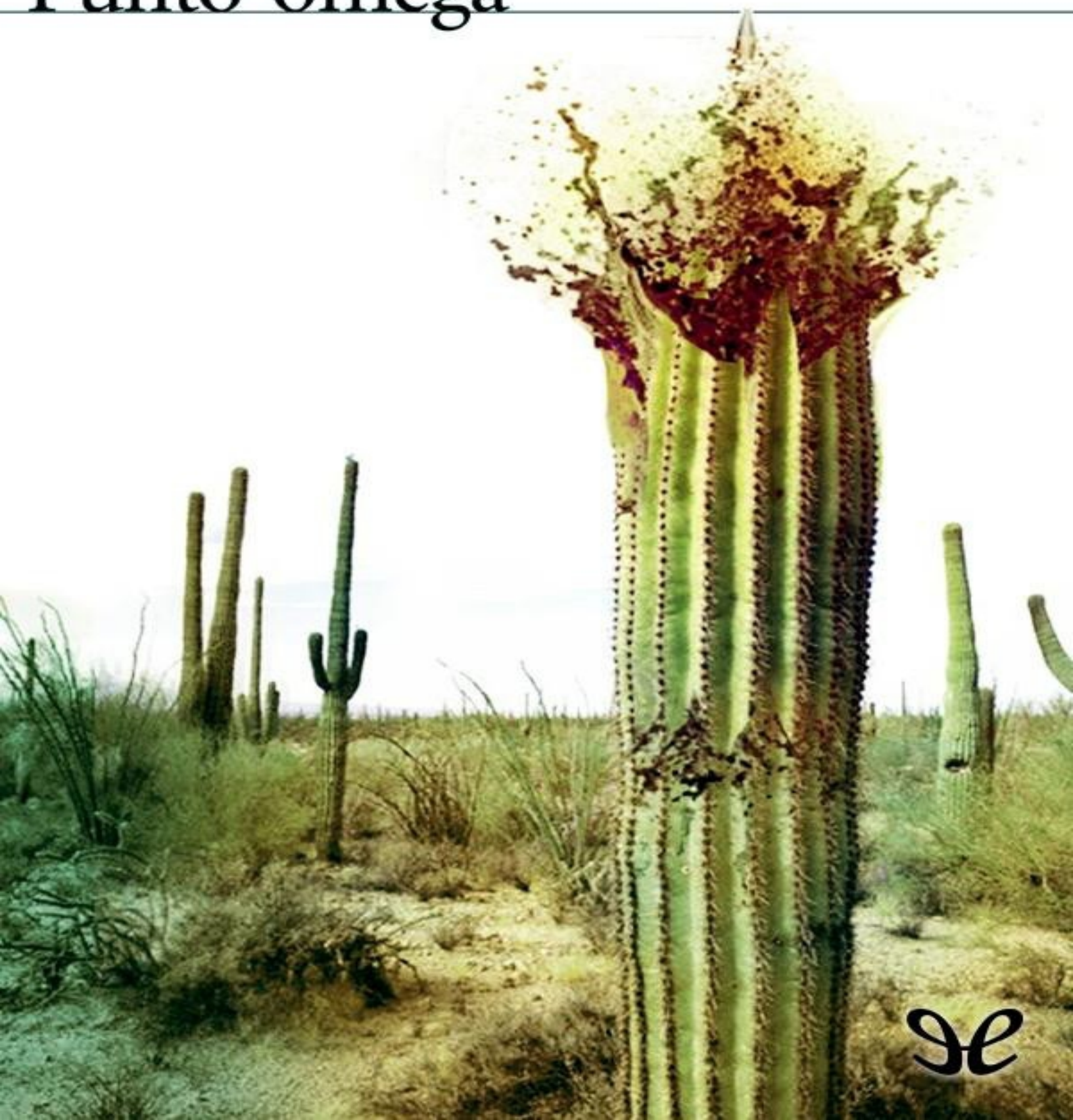


Don DeLillo

Punto omega



de

Richard Elster, un misterioso asesor de guerra del Pentágono, vive retirado en el desierto, donde ha ido en busca de espacio y tiempo. Hasta allí lo sigue Jim, un joven cineasta obstinado en rodar su película más ambiciosa: un plano fijo de la cara de Elster, mientras éste revela a cámara secretos de Estado y reflexiona sobre la guerra de Irak. Los dos hombres comparten su tiempo charlando y bebiendo. Cuando la hija de Elster, Jessie, llega de visita, la dinámica de la historia se altera. Los tres pasarán horas hablando y contemplando el desolado paisaje, y establecerán unos vínculos tiernos y extraños a la vez, casi como si fueran una familia. Pero un hecho devastador pondrá esta relación en peligro.



Don DeLillo

Punto omega

ePub r1.0

Sibelius 22.11.14

Título original: *Point Omega*
Don DeLillo, 2010
Traducción: Ramón Buenaventura

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.2



2006

**FINALES DE VERANO / PRINCIPIOS DE
OTOÑO**

ANONIMATO

3 de septiembre

Había un hombre de pie contra la pared norte, apenas visible. La gente entraba de dos en dos y de tres en tres y se detenía en la oscuridad mirando la pantalla y luego se iba. En ocasiones apenas traspasaban el umbral, grupos más grandes entrando como sin rumbo, turistas aturridos, y miraban y trasladaban el peso del cuerpo de un pie al otro y luego se iban.

No había donde sentarse en la galería. La pantalla descansaba directamente en el suelo, unos tres por cuatro metros, sin elevación, en mitad de la sala. Era una pantalla translúcida y había personas, pocas, que se demoraban el tiempo suficiente como para ir derivando hasta el otro lado. Se quedaban un momento más y luego se iban.

La galería era fría y solamente la iluminaba el débil parpadeo gris de la pantalla. Al fondo, en la pared norte, la oscuridad era casi completa y el hombre que allí permanecía en solitario se acercó una mano a la cara, repitiendo, muy lentamente, la acción de una figura de la pantalla. Cuando se abría la puerta deslizante de la galería y entraba gente, llegaba un atisbo de luz de la zona de más allá, donde se juntaban otras personas, a cierta distancia, hojeando los libros de arte y las postales.

Pasaban la película sin diálogo ni música, sin banda sonora alguna. El guarda del museo permanecía en el interior, junto a la puerta, y había quien lo miraba al salir, buscando el contacto ocular, algún tipo de entendimiento que pudiera tenderse entre ellos y que validara su desconcierto. Había otras galerías, plantas enteras, no tenía sentido demorarse en una sala aislada donde lo que estuviera ocurriendo tardaba para siempre en ocurrir.

El hombre de la pared miró la pantalla y luego empezó a moverse a lo largo de la pared adyacente hacia el otro lado de la pantalla para así poder observar la misma acción en una imagen invertida. Vio a Anthony Perkins alargando la mano, la derecha, hacia la puerta de un coche. Sabía que Anthony Perkins utilizaría la mano derecha a este lado de la pantalla y la mano izquierda al otro lado. Lo sabía, pero necesitaba verlo, y se desplazó por la oscuridad a lo largo de la pared lateral y luego se apartó unos palmos para ver a Anthony Perkins en este lado de la pantalla, el lado contrario, utilizando la mano equivocada para alcanzar la puerta de un coche y abrirla.

Pero ¿podía afirmar que la mano izquierda fuese la equivocada? ¿Por qué iba a ser este lado de la pantalla menos fiable que el otro?

Un segundo guarda se acercó al primero y ambos hablaron un rato sin hacer ruido mientras la puerta deslizante se abría de modo automático para dejar pasar a la gente, con niños, sin niños, y el hombre regresó a su lugar en la pared, donde ahora permanecía inmóvil, mirando a Anthony Perkins volver la cabeza.

El más ligero movimiento de la cámara era un profundo desplazamiento del espacio y del tiempo pero la cámara no se movía ahora. Anthony Perkins está volviendo la cabeza. Era como en números enteros. El hombre podía contar las gradaciones en el movimiento de la cabeza de Anthony Perkins. Anthony Perkins vuelve la cabeza en cinco movimientos incrementales y no en un gesto continuo. Era como ladrillos en una pared, claramente contables, no como el vuelo de una flecha o el de un pájaro. Más bien no era ni dejaba de ser parecido a nada. La cabeza de Anthony Perkins girando sobre el tiempo en lo alto de su cuello largo y delgado.

Sólo el más atento escrutinio proporcionaba esta percepción. Halló que durante unos minutos no lo distraían las idas y venidas de los demás y fue capaz de observar la película con el grado de intensidad requerido. La naturaleza de la película permitía la concentración total y también dependía de ella. El implacable ritmo de la película carecía de significado sin una correspondiente atención, sin el individuo cuyo absoluto estado de alerta no traicionara lo que se requería. El hombre se quedó mirando. En el tiempo que Anthony Perkins tardó en volver del todo la cabeza, una serie de ideas relativas a la ciencia y la filosofía y otras cosas innominadas pareció flotar

en el aire, o quizá estuviera él viendo demasiado. Pero era imposible ver demasiado. Cuanto menos había que ver, más se esforzaba y más veía. Ahí estaba la cuestión. Ver lo que hay, finalmente mirar y saber que está uno mirando, sentir el paso del tiempo, estar vivo a lo que ocurre en los más pequeños registros del movimiento.

Todo el mundo recuerda el nombre del homicida, Norman Bates, pero nadie recuerda el nombre de la víctima. Anthony Perkins es Norman Bates, Janet Leigh es Janet Leigh. A la víctima se le exige que comparta el nombre con la actriz que la interpreta. Es Janet Leigh quien entra en el remoto motel cuyo propietario es Norman Bates.

Llevaba más de tres horas allí de pie, mirando. Era el quinto día consecutivo que venía y el penúltimo antes de que la instalación cerrara y se trasladase a otra ciudad, o la depositaran en algún oscuro almacén en algún sitio.

Ninguno de los que entraban sabía qué esperar y seguramente ninguno de ellos esperaba esto.

Pasaban la película original a velocidad más lenta hasta hacerla durar veinticuatro horas. Lo que estaba viendo parecía puro cine, puro tiempo. El ancho horror de la vieja película gótica se subsumía en el tiempo. ¿Cuánto tendría que permanecer aquí, cuántas semanas o cuántos meses, hasta que el esquema temporal del filme absorbiera el suyo? O ¿estaba ya empezando a ocurrir? Se acercó a la pantalla y se detuvo a poco más de un palmo, viendo fragmentos intermitentes y con estática, ráfagas de luz temblorosa. Dio varias veces la vuelta en torno a la pantalla. La galería estaba vacía ahora y pudo situarse en diversos ángulos y puntos de separación. Anduvo hacia atrás sin apartar la mirada de la pantalla. Comprendió totalmente por qué la película se proyectaba sin sonido. Tenía que ser mudo. Tenía que enganchar al individuo a una profundidad más allá de los supuestos usuales, más allá de las cosas que supone y asume y da por ciertas.

Volvió a la pared del lado norte, pasando junto al guarda de la puerta. El guarda estaba aquí, pero no contaba como presencia en la sala. El guarda estaba aquí para no ser visto. Ése era su trabajo. El guarda estaba situado al borde de la pantalla, pero no miraba a ningún sitio, miraba lo que sea que los guardas de los museos miren cuando una sala está vacía. El hombre de

la pared estaba aquí, pero quizá el guarda tampoco lo contara como presencia, igual que el hombre no contaba al guarda. El hombre llevaba días y días viniendo y quedándose aquí durante largos períodos y de todas formas ya estaba de nuevo contra la pared, en la oscuridad, inmóvil.

Miró el lento tránsito de los ojos del actor de un lado a otro de sus huesudas órbitas. ¿Se imaginó a sí mismo mirando con los ojos del actor? ¿O era que los ojos del actor parecían estar buscándolo?

Sabía que permanecería aquí hasta que cerrara el museo, dentro de dos horas y media, que volvería a la mañana siguiente. Vio entrar a dos hombres, el de más edad llevaba bastón y un traje bastante asendereado, con el pelo blanco, largo, recogido en la nuca, profesor emérito quizá, erudito cinematográfico quizá, y el joven iba en mangas de camisa, vaqueros y zapatos deportivos, profesor ayudante, flaco, un poco nervioso. Se apartaron de la puerta hasta situarse en la oscuridad parcial, a lo largo de la pared adyacente. Los miró un rato más, a los estudiosos, adeptos del cine, de la teoría cinematográfica, de la sintaxis cinematográfica, del cine y el mito, de la dialéctica cinematográfica, de la metafísica cinematográfica, mientras Janet Leigh empezaba a desnudarse para la ducha sangrienta que se le aproximaba.

Cuando un actor movía un músculo, cuando los ojos pestañeaban, era una revelación. Cada acción se fragmentaba en componentes tan distintos del conjunto que el observador resultaba aislado de toda expectativa.

Todo el mundo miraba algo. Él miraba a los dos hombres; éstos miraban la pantalla; Anthony Perkins, por su atisbadero, miraba desnudarse a Janet Leigh.

Nadie lo miraba a él. Así era el mundo ideal que habría podido dibujar en su cabeza. No tenía ni idea de cómo lo veían los demás. No estaba muy seguro de cómo se veía él mismo. Era como su madre lo veía cuando lo miraba. Pero su madre ya no estaba. Ello suscitaba una pregunta para estudiantes avanzados. ¿Qué quedaba de él que los demás pudieran ver?

Por primera vez no le importó no estar solo. Esos dos hombres tenían poderosas razones para estar aquí y se preguntó si estarían viendo lo que él veía. Incluso si así fuera, extraerían conclusiones diferentes, hallarían referencias en toda una gama de filmografías y disciplinas. Filmografía. La

palabra siempre lo hacía echar la cabeza hacia atrás, como para poner una distancia aséptica entre él y ella.

Pensó que quizá le apeteciera cronometrar la secuencia de la ducha. Luego pensó que eso era lo último que le apetecía hacer. Sabía que era una secuencia breve en la película original, menos de un minuto, célebremente menos, y unos días antes había visto aquí la secuencia alargada, toda ella movimiento fragmentado, sin suspense ni miedo ni acuciante sonido de grito pulsátil como de lechuza. Las anillas de la cortina, eso era lo que recordaba con mayor claridad, las anillas girando en la barra cuando la cortina queda arrancada, un momento que se pierde a velocidad normal, cuatro anillas girando lentamente sobre la figura caída de Janet Leigh, poema perdido por encima de la muerte infernal, y luego el agua ensangrentada rizándose y formando una cresta en el desagüe de la ducha, minuto por minuto, hasta desaparecer en un remolino.

Ardía en deseos de verlo otra vez. Quería contar las anillas de la cortina, quizá cuatro, posiblemente cinco o más o menos. Sabía que los dos hombres de la pared adyacente también mirarían con atención. Tuvo la sensación de que compartían algo, somos tres, ésa fue la sensación que tuvo. Era esa especie de raro compañerismo que engendran los acontecimientos singulares, aunque los otros dos no supieran que él estaba allí.

Casi nadie entraba solo en el recinto. Llegaban en equipo, en cuadrilla, moviéndose de un lado para otro y arremolinándose brevemente junto a la puerta, para a continuación salir. Un par de ellos daba media vuelta y salía, y los demás iban detrás, olvidando lo que habían visto en los segundos que tardaron en dar la vuelta y echar a andar hacia la salida. Se le antojaban miembros de grupos teatrales. El cine, pensó, es solitario.

Janet Leigh en el largo intervalo de su inadvertencia. Vio cómo empezaba a desprenderse de la bata. Comprendió por vez primera que el blanco y negro era el único medio verdadero para el cine como idea, para la película en la mente. Casi supo por qué, pero no del todo. Los dos de ahí al lado seguramente lo sabrían. Para esta película, en este espacio frío y oscuro, era totalmente necesario el blanco y negro, un elemento neutralizador más, un modo de que la acción se trueque en algo cercano a la

vida elemental, algo que empequeñece hasta sus fragmentos narcotizados. Janet Leigh en el detallado proceso de no saber lo que está a punto de ocurrirle.

Luego se fueron, sin más, caminaban hacia la salida. No supo cómo tomarlo. Lo tomó por lo personal. La puerta deslizante se abrió para el hombre del bastón y luego el ayudante. Ambos salieron. ¿Qué, aburridos? Pasaron junto al guarda y se marcharon. Tenían que pensar en palabras. Ése era su problema. La acción se movía con demasiada lentitud para acomodar su vocabulario del cine. No sabía si esto tenía el menor sentido. No eran capaces de percibir el latido de las imágenes proyectadas a esa velocidad. Su vocabulario del cine, pensó, no se adaptaba a las barras de cortina ni a las anillas ni a los desagües. ¿O tenían que coger un avión? Se creían serios, pero no lo eran. Y si no eres serio, no pintas nada aquí.

Luego pensó: ¿serio sobre qué?

Alguien caminó hasta un determinado punto de la sala y proyectó su sombra en la pantalla.

Había un elemento de olvido implicado en esta experiencia. Quería olvidar la película original o al menos limitar su recuerdo a una referencia lejana, no invasiva. Estaba también el recuerdo de esta versión, vista una y otra vez a lo largo de la semana. Anthony Perkins en el papel de Norman Bates, cuello de pájaro disecado, rostro de pájaro de perfil.

La película lo hacía sentirse como quien está viendo una película. Era algo cuyo significado se le escapaba. Siempre estaba teniendo sensaciones cuyo significado se le escapaba. Pero aquello no era una verdadera película, ¿verdad?, no en sentido estricto. Era vídeo. Pero también era película. En sentido amplio, estaba viendo cine, una película, una imagen más o menos animada.

La bata quedando por fin encima de la tapa del inodoro.

Pensó que el joven sí habría querido quedarse, el de las zapatillas deportivas. Pero tenía que seguir al teórico tradicional del pelo recogido, si no quería echar a perder su futuro académico.

O la caída por las escaleras, para la que aún faltaba mucho, puede que tuvieran que pasar horas para que el detective privado, Arbogast, retroceda escaleras abajo, con el rostro tumefacto, los ojos muy abiertos, los brazos en

aspa, una escena que recordaba de aquella misma semana, o quizá de ayer, imposible ordenar los días y los visionados. Arbogast. El nombre estaba profundamente arraigado en algún oscuro nicho del lado izquierdo del cerebro. Norman Bates y el detective Arbogast. Ésos eran los nombres que recordó durante todos los años transcurridos desde la primera vez que había visto la película. Arbogast en la escalera, cayendo para siempre.

Veinticuatro horas. El museo cerraba a las cinco y media casi todos los días. Lo que él quería era una coyuntura en que el museo cerrara y la galería no. Quería ver de cabo a rabo la película durante veinticuatro horas consecutivas. Y que no se permitiera la entrada una vez empezada la proyección.

Era historia lo que estaba viendo, en cierto modo, una película que todo el mundo conoce en todas partes. Jugó con la idea de que la galería era una especie de lugar preservado, el refugio de un poeta muerto o una tumba silenciada, una capilla medieval. Helo aquí, el motel Bates. Pero la gente no ve esto. Ve movimiento fragmentado, fotogramas al borde de la vida entumecida. Comprende lo que ellos ven, él. Ven un recinto cerebralmente muerto en seis resplandecientes plantas de arte multitudinario. La película original es lo que les importa, experiencia común que volver a vivir en las pantallas de televisión, en casa, con platos en el fregadero.

El cansancio que sentía estaba en sus piernas, horas y días de permanecer de pie, el peso del cuerpo cuando se permanece de pie. Veinticuatro horas. ¿Quién sobreviviría, físicamente o de algún otro modo? ¿Sería alguien capaz de echarse a la calle tras un día y una noche íntegros viviendo en este plano del tiempo radicalmente alterado? De pie en la oscuridad, mirando una pantalla. Observando ahora, cómo le brinca el agua delante de la cara a Janet mientras resbala por los azulejos de la pared alargando la mano hacia la cortina de la ducha para agarrarse a algo y detener así el movimiento de su cuerpo hacia el último suspiro.

Una especie de temblor oscilante en el modo de caer el agua desde la alcachofa de la ducha, una ilusión óptica de ondulación o balanceo.

¿Saldría a la calle habiendo olvidado quién era y dónde vivía, tras veinticuatro horas consecutivas? O, aun manteniendo el horario actual, si prolongaban la muestra y él seguía acudiendo, cinco, seis, siete horas

diarias, semana tras semana, ¿le resultaría posible vivir en el mundo? ¿Quería? ¿Dónde estaba eso, el mundo?

Contó seis anillas. Las anillas giran en la barra cuando ella arranca la cortina al caer. El cuchillo, el silencio, las anillas girando.

Hay que fijarse mucho para ver lo que ocurre delante de uno. Cuesta trabajo, supone un abnegado esfuerzo, ver lo que está uno mirando. Era algo que lo tenía hipnotizado, las profundidades posibles en la desaceleración del movimiento, las cosas que ver, la profundidad de las cosas tan fácil de no ser percibida en la costumbre superficial de ver.

La gente a veces proyectando sombras en la pantalla.

Empezó a pensar en la relación entre una cosa y otra. Esta película tenía la misma relación con el filme original que el filme original tenía con la experiencia vivida. Esto era la desviación de la desviación. El filme original era ficción, esto era real.

No tiene sentido, pensó, pero quizá lo tenga.

El día aceleró, con cada vez menos gente entrando, luego casi nadie. No había ningún otro sitio en que quisiera estar, oscuro contra la pared.

El modo en que una habitación parece deslizarse por una cinta detrás de un personaje. El personaje está moviéndose, pero es la habitación la que parece moverse. Hallaba más profundo interés en una escena cuando había un solo personaje que mirar, o, tal vez mejor, ninguno.

La escalera vacía vista desde arriba. Un suspense intenta crearse, pero el silencio y la quietud duran más que él.

Empezó a comprender, tras todo este tiempo, que había permanecido ahí de pie en espera de algo. ¿Qué era? Era algo más allá del enfoque consciente hasta ahora. Había estado aguardando la llegada de una mujer, una mujer sola, alguien con quien poder hablar, aquí en la pared, en susurros, escasamente, claro está, o más adelante, en algún sitio, intercambiando ideas e impresiones, lo que habían visto y qué impresión les había causado. ¿No era eso? Estaba pensando que una mujer entraría para quedarse un rato mirando, que hallaría su sitio en la pared, una hora, media hora, con eso bastaba, media hora, con eso era suficiente, una persona seria, de voz queda, con un vestido veraniego de color pálido.

Imbécil.

Parecía real, el ritmo era paradójicamente real, los cuerpos moviéndose musicalmente, moviéndose apenas, dodecafonía, cosas que apenas ocurren, la causa y el efecto tan drásticamente separados que a él le parecía real, al modo en que todas las cosas del mundo físico que no entendemos se consideran reales.

La puerta corredera se abrió y hubo una agitación de tráfico suave en el extremo más alejado de la planta, con gente subiendo por la escalera mecánica, un empleado atrapando tarjetas de crédito, un empleado metiendo objetos en bolsas del museo, grandes y lustrosas. Luz y sonido, monotonía sin palabras, intimación de la vida de más allá, del mundo de más allá, el extraño hecho brillante que respira y come allá lejos, la cosa que no es las películas.

1

La verdadera vida no es reducible a palabras habladas ni escritas, por nadie, nunca. La verdadera vida ocurre cuando estamos solos, pensando, sintiendo, perdidos en el recuerdo, soñadoramente conscientes de nosotros mismos, los momentos submicroscópicos. Lo dijo más de una vez, Elster, de más de una manera. Su vida ocurría, dijo, cuando estaba ahí sentado mirando una pared vacía, pensando en la cena.

Una biografía de ochocientas páginas no es más que una conjetura muerta, dijo.

Yo casi lo creía cuando me decía tales cosas. Decía que hacíamos eso todo el tiempo, todos nosotros, llegamos a ser nosotros mismos por debajo del fluir de los pensamientos y las imágenes apagadas, preguntándonos ociosamente cuándo moriremos. Así es como vivimos y pensamos, sepámoslo o no. Son los pensamientos sin clasificar que tenemos mientras miramos por la ventanilla del tren, pequeñas manchas apagadas de pánico meditativo.

El sol se consumía en llamas. Eso era lo que él deseaba, sentir cómo se le metía a golpes en el cuerpo el profundo calor, sentir el propio cuerpo, reclamarle el cuerpo a lo que llamaba náusea de las Noticias y del Tráfico.

Esto era desierto, más allá de los límites de las ciudades y de los pueblos dispersos. Estaba aquí para comer, dormir y sudar, aquí para hacer nada, permanecer sentado y pensar. Estaba la casa y luego nada más que distancias, no panoramas ni grandes horizontes, sólo distancias. Estaba aquí, decía, para dejar de hablar. No había nadie con quien hablar, salvo yo. Lo hacía muy de vez en cuando al principio y nunca en la puesta de sol. No

eran éstas las gloriosas puestas de sol de la jubilación con acciones y obligaciones. Para Elster, la puesta de sol era una invención humana, nuestra disposición perceptiva de la luz y el espacio en elementos de maravilla. Mirábamos y nos maravillábamos. Había un temblor en el aire mientras los colores y las formas terrestres innominadas iban adquiriendo definición, claridad de línea y extensión. Quizá fuera la diferencia de edad entre ambos lo que me llevara a pensar que él percibía algo distinto con la última luz, una desazón persistente, sin inventar. Ello explicaría el silencio.

La casa era un triste híbrido. Había un techo de metal corrugado sobre un exterior de tabla con un camino empedrado sin terminar en la parte de delante y una plataforma añadida sobresaliendo a un lado. Allí era donde nos sentábamos durante sus horas acalladas, cielo alumbrado por antorchas, la cercanía de los montes apenas visibles a la hora blanca del mediodía.

Noticias y Tráfico. Deportes y el Tiempo. Esos eran sus agrios nombres para la vida que había dejado atrás, más de dos años viviendo con las mentes apretadas que hacían la guerra. Todo era ruido de fondo, decía, haciendo un gesto con la mano. Le gustaba hacer con la mano el gesto de dar por cerrado el tema. Estaban las evaluaciones de riesgo y los papeles de política, los grupos de trabajo interinstitucionales. Él era el intruso, un erudito con cierta capacidad de aprobación pero sin experiencia de gobierno. Se sentaba a la mesa en una sala de conferencias securizada con los planificadores estratégicos y los analistas militares. Estaba ahí para conceptualizar, como él decía, entre comillas, para aplicar ideas y principios de gran alcance a materias como el despliegue de las tropas y la contrainsurgencia. Tenía autorización para leer transcripciones y cablegramas reservados, decía, y escuchaba la chachara de los expertos residentes, los metafísicos de los servicios de inteligencia, los fantasiosos del Pentágono.

Tercer piso del anillo E del Pentágono. Pacotilla y arrogancia, decía.

Había cambiado todo aquello por espacio y tiempo. Cosas ambas que parecía absorber por los poros. Estaban las distancias que abarcaban todas las facetas del paisaje y estaba la fuerza del tiempo geológico, ahí fuera en algún sitio, con las cuadrículas de cordeles de los excavadores buscando huesos curtidos por el tiempo.

Sigo viendo las palabras. Calor, espacio, quietud, distancia. Se han trocado en estados visuales de la mente. No sé muy bien lo que ello significa. Sigo viendo figuras aisladas, veo dimensiones físicas del pasado dentro de las sensaciones que estas palabras engendran, sensaciones que se ahondan con el tiempo. Ésa es la otra palabra, tiempo.

Yo conducía y miraba. Él se quedaba en la casa, sentado en una franja de sombra de la chirriante plataforma, leyendo. Yo me aventuraba por las ramblas de palmeras y por caminos sin señalizar, siempre agua, con agua a todas partes, siempre sombrero, con sombrero de ala ancha y un pañuelo al cuello, y me plantaba en lo alto de los promontorios bajo un sol de justicia, y desde allí miraba. El desierto estaba fuera de mi alcance, era un ente ajeno, era ciencia ficción, saturador y remoto al mismo tiempo, y tenía que forzarme a creer que estaba aquí.

Él sabía dónde estaba, en su sillón, vivo para el protomundo, pensaba yo, los mares y los arrecifes de hacía diez millones de años. Cerraba los ojos, adivinando en silencio la naturaleza de las extinciones más recientes, llanuras herbosas en libros infantiles ilustrados, un hervidero de camellos y cebras gigantes, de mastodontes, de tigres con los dientes de sable.

La extinción era uno de sus temas actuales. El paisaje inspiraba los temas. El espacio ancho y la claustrofobia. De ahí saldría un tema.

Richard Elster tenía setenta y tres años, yo tenía menos de la mitad que él. Me había invitado a hacerle compañía, en la vieja casa, a medio amueblar, al sur de la nada en el desierto de Sonora o quizá el desierto Mojave u otro completamente distinto. No sería una visita larga, me dijo.

Hoy era el décimo día.

Antes habíamos hablado en dos ocasiones, en Nueva York, sabiendo él lo que yo tenía en mente, su participación en una película que deseaba hacer sobre su experiencia en el gobierno, en los gemidos y los tartamudeos de Iraq.

Él sería de hecho el único participante. Su rostro, sus palabras. Eso era todo lo que me hacía falta.

Al principio dijo que no. Luego dijo que jamás. Al final me llamó y me dijo que podíamos hablar del asunto, pero no en Nueva York ni en Washington. Demasiados ecos puñeteros.

Volé a San Diego, alquilé un coche y puse rumbo a unas montañas que parecían alzarse por turnos en la carretera, mientras se formaban tómulos veraniegos de bordes resplandecientes, y luego bajé por entre colinas ocres dejando atrás señales de peligro de derrumbe y manojos inclinados de plantas espinosas, y al final salí de la carretera asfaltada para tomar por un sendero primitivo, perdido por un tiempo en los confusos garabatos a lápiz del mapa de Elster.

Llegué de noche.

—Nada de mullidos sillones con luz cálida y una estantería llena de libros al fondo. Un hombre y una pared —le dije—. El hombre permanece ahí y relata la experiencia completa, todo lo que le pasa por la cabeza, personalidades, teorías, detalles, sensaciones. Usted es el hombre. No hay voz en off haciendo preguntas. No se intercalan secuencias de combate ni comentarios de otras personas, ni dentro ni fuera de cámara.

—¿Qué más?

—Un mero primer plano de su rostro.

—¿Qué más? —dijo él.

—Y pausas, las que usted haga. Yo sigo grabando.

—¿Qué más?

—Cámara con disco duro. Una sola toma continuada.

—¿Cómo de larga?

—Depende de usted. Hay una película rusa, un largometraje, *El arca rusa*, de Aleksandr Sokúrov. Una sola secuencia alargada, casi mil actores y extras, tres orquestas, historia, fantasía, planos de multitudes, planos de salón de baile y luego cuando ya llevamos una hora de película un camarero deja caer una servilleta, no hay corte, no se puede cortar, la cámara vuela por los salones abajo y tuerce en las esquinas. Noventa y nueve minutos —dije.

—Pero eso fue un hombre llamado Aleksandr Sokúrov. Usted se llama Jim Finley.

Me habría reído si no lo hubiera dicho con una sonrisa afectada. Elster hablaba ruso y se adornaba con evidente placer al pronunciar el nombre del director. Ello confirió a su observación un añadido de autocomplacencia. Yo podría haber alegado lo obvio, que no iba a filmar a grandes cantidades de personas en movimiento texturizado. Pero dejé que el chiste completara su ciclo. Elster no era hombre de los que toleran una corrección, por amable que fuera.

Estaba en su sillón de la plataforma, hombre alto, pantalones de algodón arrugados de los que marcan estatus. Iba con el torso desnudo buena parte del día, untado de crema solar incluso a la sombra, y con el cabello plateado, como siempre, recogido en una corta cola de caballo.

—Día diez —le dije.

Por las mañanas desafiaba al sol. Tenía que enriquecer su aporte de vitamina D y alzaba las manos hacia el sol, solicitando a los dioses, decía, aunque ello acarrearla la génesis larvada de tejido anormal.

—Es más saludable rechazar determinadas precauciones que seguir la regla general. Supongo que ya lo sabes —dijo.

Tenía un rostro alargado y rubicundo, que le colgaba ligeramente a ambos lados de la mandíbula. Nariz grande, como picada de viruela, ojos quizá de un color verde grisáceo, cejas muy visibles. El pelo en cola de caballo tendría que haber parecido incongruente, pero no. Lo llevaba distribuido en secciones pero recogido solamente en amplias trenzas en la parte posterior de la cabeza y le confería una especie de identidad cultural, un toque de distinción, el intelectual en su papel de más anciano de la tribu.

—¿Es esto un destierro? ¿Está usted en el destierro aquí?

—Wolfowitz fue al Banco Mundial. Eso era destierro —dijo—. Esto es distinto, un retiro espiritual. La casa pertenecía a un familiar de mi primera mujer. Estuve años viniendo por aquí de vez en cuando. A escribir, a pensar. En cualquier otro sitio, en todas partes, siempre empiezo el día conflictivamente, cada paso que doy en la calle de una ciudad es un conflicto, las demás personas son un conflicto. Aquí es diferente.

—Pero esta vez no escribe.

—Me ofrecieron escribir un libro. Descripción de la sala de guerra desde el punto de vista de un intruso privilegiado. Pero no quiero hacer un libro, ninguna clase de libro.

—Lo que quiere es estar ahí sentado.

—La casa es mía ahora y se está cayendo en pedazos pero que se caiga. El tiempo se hace más lento cuando estoy aquí. El tiempo se vuelve ciego. Siento el paisaje, más que verlo. Nunca sé qué día es. Nunca sé si ha pasado un minuto o ha pasado una hora. Aquí no envejezco.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo.

—Necesitas una respuesta. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Necesito una respuesta.

—Tienes una vida en el sitio de donde vienes.

—Una vida. Es mucho decir.

Permanecía con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, cara al sol.

—No estás casado, ¿verdad?

—Separado. Nos separamos —dije.

—Separado. Qué familiar me suena. ¿Tienes algún empleo, haces algo entre proyecto y proyecto?

Quizá tratara de no añadir a la palabra *proyecto* una dosis de ironía fatal.

—Trabajos esporádicos. De producción, cosas de montaje.

Ahora me miró. Quizá estuviera planteándose la cuestión de quién era yo.

—¿Te he preguntado ya cómo te quedaste tan flaco? Tú comes. Te metes entre pecho y espalda la misma comida que yo.

—Doy la impresión de comer. Como. Pero toda la energía, todos los alimentos que ingiero los absorbe la película —le dije—. Al cuerpo no le llega nada.

Volvió a cerrar los ojos y vi cómo le caían lentamente por la frente el sudor y la loción protectora. Aguardé a que me preguntara qué películas había hecho por mi cuenta, la pregunta que habría preferido no oír. Pero perdió interés en la conversación o sencillamente tenía el típico ego rebosante que olvida fijarse en tales detalles. No me diría sí o no según mis méritos, sino según de qué humor estuviera, en su buen momento. Me metí en la casa a mirar el correo electrónico en el portátil, necesitado de contacto

exterior, pero sintiéndome corrupto, como si estuviera rompiendo un pacto tácito de renuncia a la creatividad.

Leía poesía, más que ninguna otra cosa, releendo así su juventud, decía, Zukovsky y Pound, a veces en voz alta, y también Rilke en versión original, musitando sólo un par de versos, de vez en cuando, de las Elegías. Intentaba mejorar su alemán.

He hecho una película solamente, la idea de una película, como dijo alguien. La hice, la terminé, la vieron, pero ¿qué fue lo que vieron? Una idea, dijeron, sigue siendo una idea.

No quise llamarlo documental, aunque estaba hecho en su totalidad a partir de documentos, antiguas filmaciones, grabaciones de programas de televisión de los años cincuenta. Era material sociológico e histórico, pero editado más allá de los límites de la información y la objetividad, y no se podía llamar documento. Percibí en él algo religioso, quizá fuera yo el único, religioso, extático, hombre embelesado.

El hombre era el individuo único que ocupaba todo el tiempo la pantalla, el cómico Jerry Lewis. Era el Jerry Lewis de los primeros telemaratones, los programas de televisión de periodicidad anual a beneficio de los enfermos de distrofia muscular, Jerry Lewis noche y día y a la mañana siguiente, heroico, tragicómico, surrealista.

Repasé grabaciones de los primeros años, cada lejano minuto, era otra civilización, los Estados Unidos de mediados de los cincuenta, las filmaciones hacían pensar en alguna forma de vida tecnológica pervertida, tratando de escapar del polvo radiactivo de la era atómica. Eliminé las intervenciones de todos los invitados, los intermedios, las estrellas de cine, los bailarines, los niños discapacitados, el público del estudio, la orquesta. La película era toda Jerry, pura actuación, Jerry hablando, cantando, llorando, Jerry y su camisa de volantes con el cuello desabrochado, con la pajarita deshecha, con un mapache en los hombros, Jerry suscitando el cariño y el asombro del país entero, a las cuatro de la madrugada, en primer plano, un hombre sudoroso con el pelo a cepillo en condición semidelirante,

un artista enfermo, suplicándonos que enviáramos dinero para poder curar a sus afligidos hijos.

Lo sacaba balbuceando en planos no secuenciales, con los años entremezclándose, o Jerry sin sonido, haciendo el payaso, con las rodillas juntas y los dientes de conejo, saltando a cámara lenta en un trampolín, las viejas grabaciones defectuosas, la señal estropeada, ruido aleatorio en la banda sonora, pautas rayadas en pantalla. Se inserta palillos de tambor en la nariz, se mete el micrófono de mano en la boca. Añadí intervalos de música moderna a la banda sonora, hileras de tonalidades, el sonido de cierto sonido en doble eco. Había un elemento de drama austero en la música, algo que situaba a Jerry fuera del momento, en un entorno más amplio, ahistórico, hombre a quien Dios ha encomendado una misión en la Tierra.

Me estuve atormentando con la duración hasta que al final opté por unos estrambóticos setenta y cinco minutos de película, que proyectaron en un par de festivales dedicados al documental. Podrían haber sido ciento cincuenta y siete minutos, podrían haber sido cuatro horas, seis horas. Me dejó exhausto, pudo conmigo, me convertí en el doble frenético de Jerry, con los ojos saliéndose de las órbitas. A veces lo difícil es difícil porque lo estás haciendo mal. No estaba mal hecho. Pero no quería que Elster lo supiera. Porque cómo iba a sentarle ser un sucesor, un hombre serio tras un cómico desatado.

Mi mujer me dijo en una ocasión: «Película, película, película. Si fueras más intenso, serías un agujero negro. Una singularidad», me dijo. «No hay luz que pueda escaparse.»

Yo dije:

—Tengo la pared, conozco la pared, está en un *loft* de Brooklyn, un *loft* industrial grande y desordenado. Tengo acceso como quien dice a cualquier hora del día o de la noche. La pared es más bien gris pálido, con grietas, con manchas, que no suponen distracción, no son elementos autoconscientes del

diseño. La pared está bien, pienso en ella, sueño con ella, abro los ojos y la veo, cierro los ojos y ahí sigue.

—Sientes una profunda necesidad de hacer esto. Explícame por qué —dijo él.

—Usted es la respuesta a esa pregunta. Lo que usted diga, lo que usted nos cuente de estos últimos años, lo que usted sepa y nadie más sabe.

Estábamos dentro, era tarde, él llevaba los viejos pantalones desgastados, una sudadera muy basta, los grandes pies embutidos en unas elegantes sandalias de cuero.

—Voy a decirte una cosa. La guerra genera un mundo cerrado y no sólo para quienes participan en el combate sino también para los guionistas, los estrategas. Sólo que su guerra son acrónimos, proyecciones, contingencias, metodologías.

Cantó las palabras, las entonó al modo litúrgico.

—Se ven paralizados por los sistemas que tienen a su disposición. Su guerra es abstracta. Creen estar enviando un ejército a un punto del mapa.

Él no era estratega, dijo innecesariamente. Bien sabía yo lo que había sido, o lo que se supone que había sido, un intelectual de defensa, sin las credenciales de costumbre, y cuando utilicé el término se le tensó la mandíbula con la orgullosa añoranza de las semanas y meses iniciales, antes de que empezara a comprender que estaba ocupando un asiento vacío.

—Hubo veces en que no existía mapa que coincidiese con la realidad que tratábamos de crear.

—¿Qué realidad?

—Es algo que hacemos cada vez que pestañeamos. La percepción humana es una saga de realidad creada. Pero nosotros estábamos creando entes más allá de los límites pactados del reconocimiento y la interpretación. Mentir es necesario. El Estado tiene que mentir. No hay mentira en la guerra ni en la preparación de la guerra que no pueda defenderse. Nosotros fuimos más allá. Tratamos de crear nuevas realidades de la noche a la mañana, cuidados conjuntos de mundos parecidos a los eslóganes publicitarios en lo tocante a la recordabilidad y la repetitividad. Eran mundos que acabarían generando imágenes y haciéndose

tridimensionales. La realidad se pone en pie, anda, se agacha, se acucilla. Menos cuando no.

No fumaba, pero su voz tenía una textura arenosa, áspera quizá sencillamente por los años, que a veces resbalaba hacia dentro, haciéndose casi inaudible. Permanecimos largo rato ahí sentados. Él estaba repantigado en mitad del sofá, con la mirada puesta en un rincón alto de la habitación. Tenía whisky con agua en una jarra de café sujeta a la altura del torso.

Finalmente dijo:

—Haiku.

Yo dije que sí con la cabeza, con aire pensativo, con aire idiota, una lenta serie de gestos encaminados a indicar que lo comprendía completamente.

—Haiku sólo significa lo que es. Un estanque en verano, una hoja al viento. Es la conciencia humana localizada en la naturaleza. Es la respuesta a todo en un número determinado de versos, una cantidad prescrita de sílabas. Yo quería una guerra haiku —dijo—. Quería una guerra en tres versos. No era cuestión de niveles de fuerza ni logística. Lo que yo quería era un conjunto de ideas vinculadas a cosas transitorias. Es el alma del haiku. Desnudar todo para que quede a simple vista. Ver lo que hay. Las cosas de la guerra son transitorias. Ver lo que hay y estar dispuesto a verlo desaparecer.

—Utilizó usted esta palabra. Haiku —dije.

—La utilicé. Para eso estaba allí, para suministrarles palabras y significados. Palabras que no habían utilizado, nuevos modos de pensar y de ver. En alguna de las reuniones, no sé en cuál, utilicé la palabra. No se cayeron de la silla.

Yo no sabía nada de aquellos hombres que no se habían caído de la silla. Pero empezaba a conocer a Elster y me planteaba dudas en cuanto a la táctica, aunque en última instancia no importara. No me interesaba la impresión que producía en los demás, sólo cuáles eran sus sentimientos sobre aquella experiencia. Que se equivocara, que se precipitara, que se enfadara, que se hartase. Versos y sílabas. Los pies gastados del anciano / irritadas noches veraniegas. Etcétera.

—Usted quería una guerra. Una guerra mejor —dije.

—Sigo queriéndola. Una gran potencia tiene que actuar. Habíamos recibido un golpe muy fuerte. Nos hace falta retomar el futuro. La fuerza de la voluntad, la pura y simple necesidad visceral. No podemos permitir que los demás nos moldeen el mundo, las mentes. Lo único que tienen son sus viejas y despóticas tradiciones muertas. Nosotros tenemos una historia viva y yo pensé que iba a encontrarme en su pleno centro. Pero en aquellas salas de conferencia, con aquellos hombres, todo era prioridades, estadísticas, evaluaciones, racionalizaciones.

Le había desaparecido de la voz la lobreguez litúrgica. Estaba cansado y distanciado, demasiado alejado de los acontecimientos para hacer justicia a su rencor. Tomé la decisión de no provocar más comentarios. Ya llegarían cuando importase, autogenerados, ante la cámara.

Se terminó el whisky pero siguió sujetando la jarra a la altura del cinturón. Yo bebía vodka con naranja y hielo derretido. La copa se hallaba en ese estado de la vida de las copas en que bebe uno el último sorbo insípido para a continuación caer en una lastimera introspección, algo entre la pena de uno mismo y la autoinculpación.

Seguimos ahí sentados pensando.

Lo miré un momento. Quería irme a la cama pero me parecía que no debía levantarme antes que él, no sé bien por qué; otras noches lo había dejado allí. Había una calma total en la habitación, en la casa, en todo el entorno, con las ventanas abiertas, nada más que la noche. En seguida oí una ratonera que se disparaba en la cocina, la barra al soltarse, la plancha al saltar.

Éramos tres ahora, pero Elster no pareció darse cuenta.

En Nueva York utilizaba un bastón que no le hacía falta. Puede que por costumbre le doliese una rodilla pero el bastón era un accesorio emocional, de eso estaba yo seguro, que adoptó poco después de su despedida de los ministerios de Noticias y Tráfico. Dijo unas cuantas vaguedades sobre un implante de rodilla, hablando más para sí mismo que para mí, poniendo las bases de la autocompasión. Elster tendía a estar en todas partes, en las cuatro esquinas de la habitación, recogiendo impresiones de sí mismo. Me

gustaba el bastón. Me ayudaba a verlo a él, lo situaba por encima de la voz pública, un hombre necesitado de vivir en un hueco protector, como un seno materno y del tamaño del mundo, libre de las tendencias niveladoras de los acontecimientos y de las relaciones humanas.

En aquellos días del desierto pocas cosas llegaban a sacarlo de la calma aparente. Nuestros vehículos tenían tracción a las cuatro ruedas, eso era esencial, y con todos los años que llevaba él aquí parecía estarse ajustando, aún, a la conducción todo terreno, o a cualquier otro tipo de conducción, fuera donde fuese. Me pidió que le programara el GPS de su vehículo. Quería que el sistema se utilizase, lo desafiaba a que funcionase. Se daba a regañadientes por satisfecho cuando el sistema le decía, con una voz masculina de recambio, lo que ya sabía, *giro a la derecha dentro de dos kilómetros doscientos metros*, para llegar así al aparcamiento del mercado del pueblo, sesenta kilómetros de ida, sesenta kilómetros de vuelta. Todas las noches cocinaba él, se empeñaba en preparar la cena, sin dar muestras del hastío que la gente de su edad tiende a experimentar ante ciertos alimentos y el efecto que tienen en el cuerpo que los consume.

También hacía recorridos por mi cuenta, buscando vestigios de caminos remotos, y luego me quedaba en el vehículo, invocando la película, rodando la película, con los ojos puestos en baldíos de arenisca. O me metía por cañones angostos, por terrenos agrietados, secos, duros, el vehículo nadando en calor, y pensaba en mi apartamento, dos habitaciones pequeñas, el alquiler, las facturas, las llamadas sin contestar, la mujer que ya no estaba, la mujer separada, el portero adicto al crack, la anciana que bajaba las escaleras marcha atrás, muy despacio, eternamente, cuatro pisos, hacia atrás, y nunca le pregunté por qué.

Le hablé a Elster de un ensayo que había escrito unos años antes, titulado «Renditions» (rendiciones; también versiones, traducciones). Se publicó en una revista académica y no tardó en suscitar las críticas de la izquierda. Puede que ésa fuera su intención pero lo único que fui capaz de hallar en el texto fue un desafío implícito al lector, a ver si era capaz de averiguar de qué iba la cosa.

La primera frase era: «Todo gobierno es una empresa criminal.»

La última frase era: «En años venideros, claro está, los hombres y las mujeres, en cubículos, con los auriculares puestos, escucharán cintas secretas de los crímenes de la administración mientras otros estudian grabaciones electrónicas en pantallas de ordenador y otros más mirarán vídeos recuperados de hombres metidos en jaulas y sometidos a severos daños físicos, y por último otros, otros más, a puerta cerrada, harán preguntas perspicaces a individuos de carne y hueso.»

Entre una y otra frase había un estudio de la palabra *rendition*, con referencias al inglés medio, al francés antiguo, al latín vulgar y otras fuentes y orígenes. Al principio, Elster citaba uno de los sentidos de *rendering*: capa de yeso aplicada a una superficie de ladrillo. A partir de ahí, le pedía al lector que tuviera en mente un recinto entre cuatro paredes en un país sin nombre y un sistema de hacer preguntas, utilizando lo que denominaba técnicas de interrogación mejoradas, con lo cual se pretendía inducir la rendición (otro de los sentidos de *rendition*) en la persona interrogada.

No leí la obra en aquel momento, no supe de su existencia. Si la hubiera conocido antes de conocer a Elster, ¿qué habría pensado? El origen de la palabra y cárceles secretas. Francés antiguo, francés obsoleto y tortura por poderes. El ensayo se concentraba en la palabra misma, sus primeros usos conocidos, sus cambios de forma y significado, las formas de grado cero, las formas reduplicadas, las formas sufijas. Había notas a pie de página como nudos de serpientes. Pero ninguna mención concreta de sitios negros, terceros Estados ni tratados ni convenciones internacionales.

Comparaba la evolución de la palabra con la evolución de la materia orgánica.

Señalaba que las palabras no son necesarias para que uno experimente la verdadera vida.

Al final del comentario se ocupaba de una selección de significados actuales de la palabra *rendition*: interpretación, traducción. Entre las paredes, en algún sitio, en reclusión, se interpreta un drama, tan viejo como la memoria de los hombres, escribía, los actores desnudos, encadenados, con los ojos vendados, otros actores con herramientas de intimidación, los *rendidores*, sin nombre y enmascarados, vestidos de negro, y lo que sigue,

escribe, es una pieza de venganza que refleja la voluntad de la masa e interpreta las tenebrosas necesidades de una nación entera, la nuestra.

Desde el rincón de la plataforma en que me hallaba, al abrigo del sol, le pregunté sobre el ensayo. Lo descartó con un gesto, el tema entero. Le pregunté sobre la primera y la última frase.

—Parecen fuera de lugar en el contexto más amplio —dije—, donde no se mencionan ni el crimen ni la culpa. La incongruencia es muy llamativa.

—Eso pretendía.

Eso pretendía. Vale. Para perturbar a los críticos de la administración, dije, no a quienes toman las decisiones. Irónico a tope.

Él estaba en el sillón reclinable que había encontrado en el cobertizo de detrás de la casa, una tumbona de playa fuera de su elemento, y abrió un ojo con perezoso desdén, calibrando al tonto que enuncia lo obvio.

Vale. Pero qué había pensado de la acusación de que había intentado descubrir misterio y pasión en una palabra que se utilizaba como instrumento de la seguridad del Estado, una palabra rediseñada para hacerla sintética, ocultando así la vergonzosa cuestión que llevaba dentro.

Pero esa pregunta no la hice. Lo que hice fue entrar en la casa y llenar dos vasos de agua helada y volver a salir y situarme a su lado en el sillón contiguo. Me pregunté si no tendría razón, si no era eso lo que necesitaba el país, lo que necesitábamos en nuestro desespero, en nuestra condición menguante, el algo que necesitábamos, cualquier cosa, lo que pudiéramos conseguir, la rendición, sí, y luego la invasión.

Se puso el vaso frío en un lado de la cara y dijo que no le sorprendió la respuesta negativa. La sorpresa llegó más adelante, cuando contactó con él un antiguo colega de universidad y le propuso un encuentro privado en un instituto de investigación que había nada más salir de Washington. Se encontró en una sala de conferencias panelada con otras varias personas incluido el subdirector de un equipo de evaluación estratégica que no existía en ningún archivo de asuntos oficiales. No dijo cómo se llamaba aquel hombre, ya porque ése era el típico detalle que no debe salir de las cuatro paredes de una sala panelada, ya porque dio por sentado que no significaría nada para mí. Le dijeron a Elster que estaban buscando una persona de su rango interdisciplinario, un hombre de prestigio que fuera capaz de

refrescar el diálogo, de ensanchar el punto de vista. A continuación vino su temporada en el gobierno, interrumpiendo una serie de conferencias que estaba pronunciando en Zúrich sobre lo que él denominaba el sueño de la extinción, y transcurridos dos años y pico aquí estaba, otra vez, en el desierto.

No había mañanas ni tardes. Era un solo día inconsútil, cada día, hasta que el sol comenzaba a declinar y desvanecerse, y las montañas emergían de sus siluetas. Entonces era cuando permanecíamos sentados y mirábamos en silencio.

Después durante la cena el silencio se mantuvo. Yo quería oír el tamborileo de la lluvia. Comimos chuletas de cordero que él había asado al carbón en la plataforma. Comí con la cabeza gacha, con la cara metida en el plato. Era un embrujo silencioso de los que cuesta romper, y se hacía más denso con cada bocado que ingeríamos. Pensé en el tiempo muerto, la sensación de atraparse uno mismo, y escuché el ruido que hacíamos al masticar. Me habría gustado decirle que estaban muy buenas, pero había cocinado las chuletas demasiado tiempo y el calor había eliminado hasta la última traza de transpiración rosada. Quería oír el viento en las colinas, los murciélagos rascándose en los aleros.

Esto fue en el duodécimo día.

Miró el vaso de cerveza que tenía en la mano y anunció que su hija iba a venir de visita. Fue como oír que la tierra se había desplazado sobre su eje, volviendo a trocar la noche en un brote de día. Noticia significativa, otra persona, un rostro y una voz, llamada Jessie, dijo, una cabeza excepcional, etérea.

Nunca le pregunté a la anciana cuál era la razón. La veía bajar las escaleras agarrada al pasamano. Me paraba a mirarla, le ofrecía ayuda, pero nunca pregunté, nunca indagué en el problema, una lesión, una cuestión de equilibrio, un estado mental. Sólo me detenía en el rellano y la miraba bajar,

peldaño a peldaño, letona, eso es todo lo que averigüé, y Nueva York, esto también, donde la gente no hace preguntas.

2

Una gran lluvia vino y borró las montañas, demasiado fuerte para pensar con ella encima, dejándonos sin nada que decir. Permanecemos de pie en el acceso a la plataforma, a cubierto, los tres, mirando y escuchando, mundo a flote en la inundación. Jessie se abrazaba con fuerza, cada mano tensa aferrada al hombro opuesto. El aire era cortante y venía cargado y cuando cesó la lluvia, en unos minutos, volvimos al cuarto de estar y hablamos de lo que estábamos hablando cuando se abrieron las compuertas del cielo.

Durante los primeros días pensé en ella como la Hija. La posesividad de Elster, su modo de cerrar el espacio, me hacían difícil situarla aparte, hallar en ella una semblanza de ser independiente. La quería cerca de él todo el tiempo. Cuando decía algo dirigido a mí, siempre la incluía a ella, la atraía con la mirada o con un gesto. Sus ojos mostraban un brillo acucioso que no era tan insólito, padre mirando a su hija, pero que parecía tener el efecto de sofocar toda respuesta, o quizá fuese que ella no tuviera interés en darla.

Era pálida y delgada, unos veinticinco años, desmañada, con el rostro suave, no carnosos sino redondeado y tranquilo, y parecía pendiente de alguna presencia interior. Según su padre, oía las palabras desde dentro de las palabras. No le pregunté qué quería decir con eso. Era su trabajo, decir cosas así.

Llevaba vaqueros y zapatillas deportivas, igual que yo, y una camisa muy holgada, y era alguien con quien hablar, lo cual ayudaba a pasar el día. Dijo que vivía con su madre en el Upper East Side, un apartamento que descartó como tema encogiéndose de hombros. Trabajaba de voluntaria con

ancianos, haciéndoles la compra, llevándolos al médico. Tenían como cinco médicos cada uno, dijo, y a ella no le importaba sentarse en la sala de espera, le gustaban las salas de espera, le gustaban los porteros llamando taxis, los hombres de uniforme, era lo único de uniforme que se puede ver en un día normal porque los policías más bien permanecían agazapados en sus coches.

Esperé que me preguntara dónde vivía yo, cómo vivía, con quién, algo. Quizá la hiciera interesante, ese no preguntar.

Dije:

—Tenía un estudio en Queens, por ahí. Primero podía permitírmelo, y luego dejé de poder. Trabajo en mi apartamento, que está más o menos en Chinatown. Pongo en marcha proyectos, hablo con la gente, pienso otros proyectos. ¿De dónde me va a venir el dinero? Pienso en el financiamiento del déficit, no sé muy bien qué quiere decir. Pienso en un fondo de dividendos, en moneda extranjera, en fondos de inversión libre. Cada proyecto se convierte en una obsesión, porque si no para qué. El de ahora es éste, tu padre. Sé que es la persona adecuada y tengo la impresión de que él también lo sabe. Pero no consigo que me dé una respuesta. Sí, no, quizá, nunca, en algún otro momento. Yo miro al cielo y me pregunto: ¿qué puñetas estoy haciendo aquí?

—Compañía —dijo ella—. Le resulta físicamente imposible estar solo.

—Odia estar solo, pero también viene aquí porque no hay nada, ni nadie. Dice que los demás son un conflicto.

—No quienes elige para estar con él. Unos cuantos alumnos, en todos estos años, y luego está mi afortunada persona, y luego en tiempos remotos mi madre. Tiene dos hijos de su primera mujer. Hundimiento y Ruina, los llama. Ni se te pase por la cabeza sacarle el tema de los hijos.

Casi todo el tiempo hablábamos de nada, ella y yo. No teníamos nada en común, al parecer, pero no dejábamos de capturar temas al vuelo. Dijo que le entraba una especie de confusión cuando ponía el pie en una escalera mecánica parada. Le ocurrió en el aeropuerto de San Diego, donde su padre fue a recogerla. Se metió en una escalera mecánica que no estaba en funcionamiento y no logró ajustarse a ello, tuvo que prestar especial atención para ir subiendo los escalones y le resultó muy difícil porque

seguía esperando que se pusieran en movimiento, y era como si anduviera a medias, con la sensación de no ir a ninguna parte, porque los escalones no se movían.

No conducía porque no era capaz de accionar los mandos con las manos y los pies al mismo tiempo. Una de las personas a cuyo cuidado contribuía acababa de morir de algo múltiple. Su madre hablaba ruso por teléfono, ventisqueros de ruso día y noche. Le gustaba el invierno, los campos nevados en el parque, pero no se adentraba mucho, las ardillas en invierno pueden tener rabia.

Me gustaban esas charlas, eran tranquilas, con una rara profundidad en cada observación suelta que Jessie hacía. A veces me quedaba mirándola en espera, no sé, de que me devolviera la mirada, de que diera alguna muestra de encontrarse incómoda. Tenía unos rasgos normales, ojos castaños, pelo castaño que se peinaba hacia atrás por encima de las orejas. Había algo que decidía ella misma en su aspecto, una insipidez que parecía voluntaria. Era una elección que había hecho, tener ese aspecto, o eso fue lo que me dije. La suya era otra vida, ni por asomo cercana a la mía, y me ofrecía un alivio de la permanente autoprospección de mi tiempo aquí y también una especie de contrapeso al dominio que su padre ejercía sobre mi futuro inmediato.

Elster en pijama vino arrastrándose desde su dormitorio para unirse a nosotros en la plataforma, descalzo, con la jarra de café en la mano. Miró a Jessie y luego sonrió, dando la impresión de recordar en su aturdimiento que había algo que quería hacer. Quería sonreír.

Se instaló en un sillón, hablando despacio, voz débil y achicharrada, mala noche, mañana tempranera.

—Antes de dormirme, por fin, estaba pensando en cuando era pequeño y trataba de imaginarme el fin de siglo y qué maravilla iba a ser aquello y calculaba cuántos años tendría cuando terminara el siglo, años, meses, días, y ahora mira, increíble, aquí estamos... Ya hemos entrado seis años en el otro siglo y me doy cuenta de que sigo siendo el mismo chico delgaducho, viviendo a la sombra de su presencia, no piso las rendijas de las aceras, no por superstición, sino como prueba, como disciplina, sigo haciéndolo. ¿Qué más? Se muerde el pellejo del dedo gordo, siempre del derecho, sigo haciéndolo, un trozo suelto de piel muerta, así es como sé quién soy.

Una vez miré en el botiquín de su cuarto de baño. No me hizo falta abrirlo, no tenía puerta. Hileras de frascos, tubos, cajas de pastillas, casi tres estanterías enteras, y unos cuantos frascos más, uno de ellos sin tapón, encima de la cisterna del váter, y varios prospectos sueltos encima de una banqueta, desdoblados, mostrando sus pequeños caracteres de aviso impreso.

—No mis libros, ni las conferencias, ni las conversaciones, nada de eso. El puñetero padraastro, la piel muerta, ahí es donde estoy, mi vida, de entonces a ahora. Hablo en sueños, siempre lo hice, ya me lo dijo mi madre en aquel entonces y no necesito que nadie me lo diga ahora, lo sé, lo oigo, y esto es lo más significativo, alguien debería estudiar lo que la gente dice en sueños, ya lo habrán hecho seguramente, algún paralingüista, porque tiene más significado que las mil cartas personales que un hombre puede escribir en toda su vida y también es literatura.

No todo eran fármacos, pero sí casi todo, y todo era Elster. Las lociones, los comprimidos, las cápsulas, los supositorios, las cremas y los geles y las botellas y los tubos contenedores y las etiquetas y los folletos y las pegatinas con el precio... todo ello era Elster, vulnerable, y quizá hubiera cierta degradación moral en mi presencia en la habitación pero no me sentía culpable, sólo concentrado en conocer al hombre y todos aquellos accesorios del ser, los agentes de los desplazamientos de humor, los agentes formadores de los hábitos que nadie ve ni trata de imaginar. No era que aquellas cosas fuesen aspectos serios de la vida verdadera a que él gustaba de referirse, los pensamientos perdidos, los recuerdos que abarcaban decenios, la piel muerta del pulgar. Y sin embargo, en cierto modo, ahí estaba él, en su botiquín, el propio hombre, marcado claramente en gotas, cucharaditas y miligramos.

—Mirad todo esto —dijo, sin mirarlo él, el paisaje y el cielo, que acababa de señalarnos con un barrido hacia atrás del brazo.

Tampoco nosotros lo miramos.

—El día acaba convirtiéndose en noche pero es una cuestión de luz y oscuridad, no de tiempo que pasa, no de tiempo mortal. No hay el terror de costumbre. Es diferente aquí, el tiempo es enorme, eso es lo que percibo aquí, palpablemente. El tiempo que nos precede y nos sobrevive.

Empezaba a acostumbrarme a ello, a la escala de su discurso, largos decenios de reflexión y palabras sobre asuntos trascendentales. En este caso concreto le estaba hablando a Jessie, llevaba hablándole a Jessie desde el principio, inclinado hacia delante en su sillón.

Ella dijo:

—El terror de costumbre. ¿Cuál es el terror de costumbre?

—Aquí no pasa, la apreciación minuto por minuto, lo que percibo en las ciudades.

—Está todo incrustado, las horas y los minutos, palabras y números por doquier —dijo—, estaciones de ferrocarril, rutas de autobús, taxímetros, cámaras de vigilancia. Todo consiste en el tiempo, tiempo tonto, tiempo inferior, la gente mirando el reloj y otros artilugios, otros recordatorios. Esto es el tiempo que se vacía de nuestras vidas. Las ciudades se construyeron para medir el tiempo, para apartar el tiempo de la naturaleza. Hay una interminable cuenta atrás. Cuando retiras todas las superficies, cuando miras dentro, lo que queda es el terror. Esto es lo que se supone que la literatura debe curar. Los poemas épicos, los cuentos para dormir.

—Las películas —dije yo.

Él se quedó mirándome.

—El hombre contra la pared.

—Sí —dije yo.

—Cara a la pared.

—No, no como a un enemigo, sino como una especie de visión, un fantasma de los consejos de guerra, alguien con libertad para decir lo que quiere, cosas nunca dichas, cosas confidenciales, valoraciones, condenas, divagaciones. Lo que usted diga será la película, usted es la película, usted habla, yo filmo. Sin cuadros, sin mapas, sin información de base. El rostro y los ojos, en blanco y negro, eso es la película.

Él dijo:

—De cara a la pared, hijos de la gran puta —y me miró con dureza—. Salvo que los sesenta hace ya mucho tiempo que terminaron y ya no quedan barricadas.

—La película es la barricada —le dije—. La que levantemos nosotros, usted y yo. Una barricada a la que alguien se encarama y dice la verdad.

—Nunca sé qué decir cuando habla de ese modo.

—Lleva toda su vida hablándoles a los alumnos —dije yo—. No espera que nadie le diga nada.

—Cada segundo es su último aliento.

—Se sienta y piensa, para eso está aquí.

—Y esa película que quieres hacer.

—No puedo hacerla yo solo.

—Pero ¿no sería mejor que hicieras una película de verdad? Porque ¿cuánta gente crees tú que va a invertir tanto tiempo en mirar algo tan zombi?

—Exacto.

—Aunque al final diga cosas interesantes, siempre será algo que se pueda leer en una revista.

—Exacto —dije yo.

—Tampoco es que yo vaya mucho al cine. Me gustan las películas antiguas que ponen en la tele, con el hombre dándole fuego a la mujer. No parecen hacer otra cosa, en esas películas antiguas, los hombres y las mujeres. Normalmente no soy de fijarme, para nada. Pero cada vez que veo una película antigua en la tele, estoy pendiente de que el hombre le dé fuego a la mujer.

Yo dije:

—Los pasos de las películas.

—Los pasos.

—Los pasos de las películas nunca suenan reales.

—Son pasos de películas.

—Quieres decir que no tienen por qué sonar reales.

—Son pasos de películas —dijo ella.

—Una vez llevé a tu padre al cine. *Psicosis 24 horas*. No es una película, más bien una obra artística conceptual. La película de Hitchcock proyectada tan despacio que tarda veinticuatro horas en pasar.

—Me lo dijo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me dijo que era como ver morir el universo durante un período de unos siete mil millones de años.

—Estuvimos diez minutos.

—Dijo que era como la contracción del universo.

—Es un hombre que piensa a escala cósmica. Ya lo sabemos.

—La muerte térmica del universo —dijo ella.

—Creí que le interesaría. Nos marchamos nada más llegar, a los diez minutos, salió disparado y yo lo seguí. No me dirigió la palabra mientras bajábamos los seis pisos. Entonces llevaba bastón. Una bajada muy lenta, escaleras mecánicas, aglomeraciones, pasillos, una escalinata al final. Ni una palabra.

—Lo vi aquella noche y me lo contó. Pensé que a lo mejor a mí sí me interesaba. Que todo consistiera en que nada ocurriese —dijo ella—. Que todo consistiera en esperar. Fui al día siguiente.

—¿Te quedaste un rato?

—Me quedé un rato. Porque incluso cuando algo pasa, ya estás esperando que pase.

—¿Cuánto rato te quedaste?

—No sé. Media hora.

—Está bien. Media hora está bien.

—Bien, mal, lo que sea —dijo ella.

Elster dijo:

—Cuando era pequeña, movía los labios levemente, repitiendo en su interior lo que yo decía o lo que su madre decía. Miraba muy atentamente. Yo hablaba, ella miraba, tratando de anticiparse a mis palabras, una por una, casi sílaba por sílaba. Sus labios se movían casi sincronizados con los míos.

Jessie estaba sentada al otro lado de la mesa mientras él hablaba. Estábamos cenando tortilla, casi todos los días cenábamos tortilla. Presumía mucho de sus tortillas y pretendía que Jessie lo mirara romper los huevos, batirlos luego con un tenedor, etcétera, sin dejar un momento de hablar mientras los condimentaba y añadía aceite y verduras, pronunciando la palabra *frittata*, pero ella no llegaba a interesarse.

—Era como un extranjero aprendiendo inglés —decía él—. La tenía delante de la cara, tratando de definir las palabras que yo articulaba, de absorberlas y procesarlas. Miraba, pensaba, repetía, interpretaba. Mirándome la boca, estudiándome los labios, moviendo ella los labios. Debo confesar que me llevé un disgusto cuando dejó de hacerlo. Tener alguien que de veras escucha.

La miraba, sonriente.

—Hablabas con la gente, entonces, con desconocidos. Aún lo haces de vez en cuando. Aún lo haces de vez en cuando —dijo—. ¿Con quién hablas?

Jessie encogiéndose de hombros.

—Con los de la cola de Correos —dijo él—. Con niñeras con niños.

Ella masticaba, con la cabeza inclinada hacia delante, utilizando el tenedor para hacer rotar la tortilla en el plato antes de cortarla.

Compartíamos cuarto de baño, ella y yo, pero ella rara vez parecía ocuparlo. Una pequeña bolsa de aerolíneas, única huella de su presencia, en un rincón del alféizar. Guardaba el jabón y las toallas en su dormitorio.

Era como una sílfide, su elemento era el aire. Daba la impresión de que para ella este sitio no se distinguía en nada de cualquier otro, este sur, este oeste, tal latitud y tal longitud. Se desplazaba en un suave deslizamiento, percibiendo lo mismo en todas partes, eso era lo que había, el espacio interior.

Nunca hacía la cama. Abrí la puerta de su dormitorio y eché un vistazo varias veces pero no llegué a entrar.

Permanecíamos fuera hasta bastante tarde, whisky para los dos, la botella en el suelo de la plataforma y las estrellas arracimadas. Elster observaba el cielo, todo lo que vino antes, decía, al alcance de nuestros ojos, para cartografiarlo y someterlo a reflexión.

Le pregunté si había estado en Iraq. Tuvo que sopesar la pregunta. No quise hacerle creer que ya conocía la respuesta y que le preguntaba para

contrastar el alcance de su experiencia. No conocía la respuesta.

Él dijo:

—Odio la violencia. Me da miedo pensar en ella, no veo películas violentas, me mantengo alejado de los noticieros de televisión con muertos o heridos. Tuve una pelea, de pequeño, y me dieron convulsiones —dijo—. La violencia me hiela la sangre.

Me dijo que tenía autorización plena, acceso a cada trocito sensible de inteligencia militar. Yo sabía que no era cierto. Se le notaba en la voz y en la cara, un amargo desiderátum, y por supuesto fui consciente de que me decía cosas, ciertas o falsas, sólo porque me tenía delante, porque estábamos ambos ahí, aislados, bebiendo. Era su confidente por omisión, el joven a quien se confiaban los detalles de su realidad provisional.

—Un día les hablé de la guerra. Iraq es un susurro, les dije. Estos coqueteos nucleares que hemos estado teniendo con tal o cual gobierno. Pequeños susurros —dijo—. Te lo digo yo, esto va a cambiar. Algo se acerca. Pero ¿es esto lo que queremos? ¿No es esto el peso de la consciencia? Estamos todos exhaustos. La materia quiere perder la consciencia de sí misma. Somos la mente y el corazón en que esta materia se ha convertido. Ya es tiempo de dar todo por concluido. Esto es lo que ahora nos impulsa.

Se llenó el vaso y me pasó la botella. Yo estaba disfrutando.

—Queremos ser la materia muerta que antes éramos. Somos la última milmillonésima de segundo en la evolución de la materia. En mis tiempos de estudiante andaba en busca de ideas radicales. Científicos, teólogos, leí la obra de místicos de todos los siglos, era una mente hambrienta, una mente pura. Llené cuadernos con mis versiones de la filosofía mundial. Míranos ahora. Seguimos inventando leyendas folclóricas del final. Enfermedades animales que se extienden, cánceres contagiosos. ¿Qué más?

—El clima —dije yo.

—El clima.

—El asteroide —dije yo.

—El asteroide, el meteorito. ¿Qué más?

—La hambruna mundial.

—La hambruna —dijo él—. ¿Qué más?

—Deme usted un minuto.

—Da igual. Porque no me interesa. No me sirve de nada. Hay que llevar el pensamiento más allá.

No quería que se detuviera. Permanecimos ahí sentados, en silencio, bebiendo y yo traté de idear otras variantes posibles del fin de la vida humana en este planeta.

—Era estudiante. Almorzaba y estudiaba. Estudié la obra de Teilhard de Chardin —dijo él—. Se fue a China, era un sacerdote fuera de la ley, China, Mongolia, excavando en busca de huesos. Yo almorzaba con un libro abierto delante. No necesitaba bandeja. Había una pila de bandejas al principio de la cola, en la cafetería del instituto. Teilhard decía que el pensamiento humano vive, que circula. Y la esfera del pensamiento humano colectivo está cerca ya de su término, del último resplandor. Hubo camellos en América del Norte. ¿Dónde están ahora?

Estuve a punto de decirle que en Arabia Saudí. Lo que hice fue devolverle la botella.

—Les decía usted cosas. ¿Era en reuniones de planeamiento estratégico? ¿Quién había? —dije—. ¿Miembros del gobierno? ¿Militares?

—Quienesquiera que fueran. Estaban quienesquiera que fueran.

Me gustó la respuesta. Lo decía todo. Cuanto más pensaba en ello, más claro me parecía en conjunto.

Él dijo:

—La materia. En todos sus estados, desde el nivel subatómico a los átomos de moléculas inorgánicas. Nos expandimos, volamos hacia afuera, tal es la naturaleza de la vida ya desde la célula. La célula fue una revolución. Piénsalo. Protozoos, plantas, insectos, ¿qué más?

—No sé.

—Los vertebrados.

—Los vertebrados —dije yo.

—Y las configuraciones finales. Arrastrarse, andar a cuatro patas, el bípedo en cuclillas, el ser consciente, el ser consciente de sí mismo. La materia bruta se trueca en pensamiento humano analítico. La hermosa complejidad de la mente.

Hizo una pausa y bebió e hizo otra pausa.

—¿Qué somos?

—No lo sé.

—Somos una manada, un enjambre. Pensamos en grupos, nos desplazamos en ejércitos. Los ejércitos vehiculan el gen de la autodestrucción. Una bomba nunca basta. El borrón de la tecnología, ahí es donde los oráculos planifican sus guerras. Porque ahora viene la introversión. El padre Teilhard lo sabía, el punto omega. Un salto al exterior de nuestra biología. Plantéate esta pregunta. ¿Tenemos que ser humanos para siempre? La consciencia está agotada. Toca ahora regresar a la materia inorgánica. Eso es lo que queremos. Queremos ser piedras del campo.

Fui a buscar hielo. Cuando volví, estaba orinando desde la plataforma, alzándose de puntillas, para que el chorro emergente pasara por encima de la barandilla. Luego volvimos a sentarnos y escuchamos los gritos animales procedentes de los matorrales y recordamos dónde estábamos y seguimos un momento sin hablar cuando los gritos ya habían cesado. Él dijo que ojalá hubiera seguido de estudiante, que hubiera ido a Mongolia, lo verdaderamente remoto, para allí vivir y trabajar y pensar. Me llamaba Jimmy.

—No le faltará a usted ocasión de hablar de estas cosas —le dije—. Hablar, hacer pausas, pensar, hablar. Su rostro —le dije—. Quién es usted, en qué cree. Otros pensadores, escritores, artistas, nadie ha hecho antes una película como ésta, sin planificación, sin ensayos, sin estructura elaborada, sin conclusiones por adelantado, es algo a rostro descubierto, sin pulir.

Dije todo esto en una especie de parloteo alcohólico, no del todo consciente de que ya lo había dicho antes, y oí un profundo suspiro y luego su voz, tranquila y contenida, incluso triste.

—Lo que tú quieres, amigo mío, lo sepas o no, es una confesión pública.

No podía ser cierto. Le dije que de ninguna manera. Le dije que no tenía la menor intención de hacer nada parecido.

—Una conversación en el lecho de muerte. Eso es lo que quieres. La insensatez, la vanidad del intelectual. La vanidad ciega, la adoración del poder. Perdonadme, dadme la absolución.

Me opuse a esta noción, en mi fuero interno, y le dije que no tenía ideas especiales, aparte de las que ya le había contado.

—Quieres la película de un hombre derrumbándose —dijo él—. Lo comprendo. Si no, ¿para qué?

Un hombre fundiéndose con la guerra. Un hombre que aún cree en lo justo de la guerra, de su guerra. ¿Cómo daría, como sonaría en una película, en un cine, en alguna pantalla, hablando de una guerra haiku? ¿Se me había pasado por la cabeza? Había pensado en la pared, en el color y la textura de la pared, y había pensado en el rostro del hombre, los rasgos acusados pero también integrables en la exhibición de cualesquiera verdades crueles que se le derramaran por los ojos, y luego pensé en el primer plano de Jerry Lewis de 1952, Jerry arrancándose la corbata mientras cantaba una balada llorona de Broadway.

Antes de meterse Elster me apretó el hombro, como para tranquilizarme, o eso me pareció, y permanecí un rato más en la plataforma, demasiado hundido en mi sillón, en la propia noche, para alcanzar la botella de whisky. Detrás de mí, la luz de su dormitorio se apagó, iluminando el firmamento, y qué raro resultaba, que medio cielo se aproximara, que todas aquellas masas incandescentes aumentaran en número, las estrellas y las constelaciones, sólo porque alguien acabara de apagar la luz en una casa del desierto, y lamenté que no estuviera él ahí, para oírlo disertar sobre el asunto, lo cercano y lo distante, lo que creemos ver cuando no vemos.

Me pregunté si no estaríamos convirtiéndonos en una familia, no más extraña que cualquier otra, salvo que nosotros no teníamos nada que hacer, ni adónde ir, pero eso tampoco es extraño, el padre, la hija y quienquiera que fuese yo.

Hubo otra cosa que dijo, mi mujer, llena de comprensión, refiriéndose a mi modo de ver la vida por un lado y el cine por otro:

—¿Por qué es tan difícil ser serio, por qué es tan fácil ser demasiado serio?

La puerta del cuarto de baño estaba abierta, a mediodía, y allí estaba Jessie, descalza, en camiseta y bragas, con la cabeza sobre el lavabo, enjuagándose la cara. Me detuve a la puerta. No estaba muy seguro de querer que me viera. No me imaginaba entrando y situándome a su espalda e inclinándome hacia ella, no lo veía con claridad, mis manos deslizándose bajo la camiseta, separándole las piernas con las rodillas, para poder apretarme más contra ella, para hallar encaje y penetrarla, pero estuvo allí por un tenue momento, la idea, y cuando me aparté de la puerta no puse especial empeño en no hacer ruido.

Llegó el guarda en su coche, un hombre achaparrado, con gorra de tractorista y un remache en una oreja. Cuidaba de la casa cuando no estaba Elster, que era más o menos diez meses al año, casi todos los años. Me quedé mirándolo mientras volvía la esquina en dirección al depósito de propano. Cuando luego pasó junto a mí, para entrar en la casa, le hice una inclinación de cabeza. No dio señal alguna de haber percibido mi presencia. Pensé que seguramente viviría en una de esas caóticas aglomeraciones de chabolas, remolques y coches sobre bloques, pequeños asentamientos sin relieve que a veces se veían desde los caminos asfaltados.

Elster lo siguió hasta la cocina diciendo algo sobre un problema del fogón y yo puse la mirada en las colinas de yeso y me enmarqué desde aquella distancia, clínicamente, un hombre en un paisaje a lo largo del día, apenas vislumbrado.

El almuerzo era movable, flexible, que cada cual coma donde y cuando quiera. Me encontré a la mesa con Elster, que estaba examinando el queso procesado que Jessie había comprado durante nuestra última visita al pueblo. Dijo que lo coloreaban con uranio empobrecido y a continuación se lo comió, untado de mostaza, entre dos rebanadas de pan de molde, y lo mismo hice yo.

Jessie era el sueño de su padre. A él no parecía desconcertarle la atrofiada respuesta que ella daba a su cariño. Era natural en él no darse cuenta. Ni siquiera sé si comprendía el hecho de que ella no fuese él.

Cuando acabó de comerse el sándwich se adelantó en la silla, puso los codos sobre la mesa, habló en voz más baja.

—No necesito ver un carnero cimarrón antes de morirme.

—Vale —le dije.

—Pero quiero que Jessie lo vea.

—Vale. Daremos una vuelta en el cuatro por cuatro.

—Daremos una vuelta en el cuatro por cuatro —dijo él.

—En algún momento quizá tengamos que salir del vehículo y trepar. Creo que pasan todo el tiempo en las cornisas de roca. A mí también me gustaría ver alguno. No sé por qué exactamente.

Ahora se me acercó, inclinándose más hacia delante.

—Sabes por qué está aquí.

—Di por sentado que quería usted verla.

—Siempre quiero verla. Fue su madre, fue idea de su madre. Está saliendo con un tipo, Jessie.

—Vale.

—Y su madre tiene ciertas ideas en lo tocante a sus intenciones o sencillamente su conducta en general o la pinta que tiene o algo. Y ha decidido, a su autoritario modo, que Jessie debía mantenerse alejada de él, por ahora, temporalmente, para poner a prueba su afecto.

—Y aquí está. Y ha hablado usted de todo esto con ella.

—Lo intenté. No dice gran cosa. No hay problema, eso es lo único que dice. El tipo parece gustarle. Se ven. Hablan.

—¿Cómo están de unidos?

—Hablan.

—¿Hay sexo entre ellos?

—Hablan —dijo él.

Estábamos ambos encorvados sobre la mesa, ahora, cara a cara, hablando en susurros incómodos.

—¿Ha tenido alguna aventura alguna vez?

—Reconozco que me lo he preguntado.

—Ningún novio formal.

—No creo, no, seguro que no.

—Su madre la mandó para acá. Eso tiene que significar algo.

—Su madre es una mujer espléndida, aún hoy, pero entre nosotros sigue habiendo mala sangre y desde luego el hecho de que me envíe a la chica tiene que significar algo. Pero también está loca. Es una maniática completa que lo exagera todo.

—El tipo no es un acosador. Nada parecido.

—Joder, no, no es un acosador, odio la palabra. Quizá algo insistente, de ahí no pasa. O tartamudea al hablar. O tiene un ojo marrón y el otro azul.

—Las esposas. Qué tema —dije yo.

—Sí, las esposas.

—¿Cuántas?

—Cuántas. Dos —dijo él.

—Sólo dos. Pensé que serían más.

—Sólo dos —dijo él—. Parecen más.

—Locas las dos. Sólo estoy tratando de adivinar.

—Locas las dos. La cosa madura con los años.

—¿Qué cosa? ¿Estar loca?

—Al principio no lo ve uno. O es que lo ocultan, o es que la cosa tiene que madurar. Cuando ello ocurre, es inconfundible.

—Pero Jessie es el tesoro, la bendición.

—Exacto. ¿Y tú?

—No tengo hijos.

—La esposa. La esposa separada. ¿Está loca?

—Piensa que el loco soy yo.

—Tú no lo crees —dijo él.

—No sé.

—¿Qué estás tratando de proteger? Está loca. Dilo.

Seguíamos con los susurros, estábamos creando una unión de susurros, pero no iba a decirlo. Me recosté en el sillón y cerré los ojos por un instante, viendo mi apartamento, claro y quieto y limpio, a las cuatro de la tarde, hora local, y parecía haber más presencia mía allí en aquella luz polvorienta de la que había aquí, en la casa o a cielo abierto, pero me

pregunté si verdaderamente deseaba volver a ser el hombre que vive en dos habitaciones rodeadas de una ciudad construida para medir el tiempo, según la formulación de Elster, el tiempo escurridizo de los relojes, los calendarios, los minutos que nos quedan de vida.

Luego me quedé mirándolo y le pregunté si había unos prismáticos en la casa. Nos harán falta unos prismáticos para la expedición, le dije. Eso pareció desconcertarlo. El carnero cimarrón, le dije. Si no se nos lleva por delante una riada repentina. Si el calor no nos mata. Nos harán falta unos prismáticos para ver con detalle. El macho es el de los cuernos, grandes y corvos.

Jessie dijo algo divertido durante la cena sobre que en Nueva York tiene los ojos más juntos, por culpa de la congestión en serie que le provoca estar en la calle. Aquí los ojos se separan, los ojos se adaptan a las condiciones, como las alas o el pico.

En otros momentos parecía muerta para cualquier cosa que pudiera acarrear respuesta. La mirada parecía abreviársele, ni siquiera llegaba a la pared o a la ventana. Me perturbaba mirarla, sabiendo que ella no se sentía mirada. ¿Dónde estaba? No se hallaba perdida en sus pensamientos ni en sus recuerdos, no estaba calibrando la hora o el minuto siguientes. Estaba no localizable, fuertemente fijada a su interior.

Su padre hacía todo lo posible por no notar esos momentos. Permanecía al otro lado de la habitación, sentado, con sus poetos, moviendo los labios al leer.

Me acerqué a Richard Elster al terminar una conferencia que dio en la Nueva Escuela y sin perder un minuto le conté mi idea para la película, sencilla y fuerte, le dije, el hombre y la guerra, y él, también sin perder un minuto, me dejó plantado en mitad del ademán con que acompañaba una frase, pero sólo momentáneamente. Lo seguí por la sala, hablando con menos rapidez, y luego entré en el ascensor con él, sin dejar de hablar, y cuando salimos a la calle se me quedó mirando e hizo un comentario sobre

mi aspecto, diciendo que me parecía a él cuando era mucho más joven, un estudiante mal alimentado y con exceso de trabajo. Consideré sus palabras un estímulo, le di mi tarjeta y lo escuché leerla en voz alta, Jim Finley, Deadbeat Films. Pero no le interesaba aparecer en ninguna película, ni mía ni de nadie.

El segundo encuentro fue más largo y más extraño. Museo de Arte Moderno. Por muchas veces que vaya al museo, caminando de este a oeste, siempre está más al final de la calle que la última vez. Recorría una exposición Dada y ahí estaba Elster, solo, encorvado sobre un expositor. Sabiendo que había escrito algo sobre el habla de los bebés, di por supuesto que le interesaría una exposición de objetos creados por mor de la demolición de la lógica. Estuve media hora siguiéndolo. Miraba las cosas que él había mirado. A veces se apoyaba en el bastón, otras veces sencillamente lo transportaba, sin orden ni concierto, en posición horizontal, entre oleadas de gente. Me dije a mí mismo estáte tranquilo, compórtate, habla despacio. Cuando ya caminaba hacia la salida me acerqué a él, le recordé nuestro encuentro anterior, dije algo sobre el habla de los bebés y luego con toda amabilidad lo hice desplazarse por la sexta planta hasta la galería donde se hallaba la instalación de la *Psicosis* de vuelo lento. Permanecimos en la oscuridad, mirando. Percibí casi al instante que Elster se resistía. Algo estaba siendo objeto de alteración, aquí, su lenguaje tradicional de respuesta. Imágenes mortinatas, tiempo en retracción, una idea tan abierta a la teoría y la argumentación que no le dejaba ningún contexto claro que dominar, sólo puro rechazo. Una vez en la calle volvió a hablar, más que nada de cuánto le dolía la rodilla. Nada de la película, ninguna posibilidad, jamás de los jamases.

Una semana después me llamó por teléfono y me dijo que se encontraba en una localidad llamada Anza-Borrego, en California. Nunca había oído hablar de ella. Luego me llegó por correo un mapa dibujado a mano, con caminos y senderos para jeep, y cogí un vuelo barato para la tarde del día siguiente. Dos días, pensé. Tres como mucho.

3

Cada momento perdido es la vida. Es incognoscible, excepto para nosotros mismos, cada uno de nosotros inexpresablemente, este hombre, esta mujer. La infancia es vida perdida y reclamada segundo por segundo, dijo. Dos niños solos en una habitación, muy tenuemente iluminada, gemelos, ríen. Treinta años más tarde, uno en Chicago, el otro en Hong Kong, son el desenlace de ese momento.

Un momento, un pensamiento, que está y ya no está, cada uno de nosotros, en una calle de algún lugar, y eso es todo. Me pregunté qué querría decir con todo. Es lo que llamamos yo, la verdadera vida, dijo él, el ser esencial. Es el yo en el blando revolcadero de lo que sabe, y lo que sabe es que no vivirá para siempre.

Me veía los créditos, todos ellos, cuando iba al cine. Era una práctica que actuaba contra la intuición y el sentido común. Tenía yo entonces veintipocos años, carecía de afiliación en todos los aspectos, y nunca me levantaba de la butaca hasta que hubiera pasado el elenco completo de nombres y títulos. Los títulos eran un lenguaje procedente de alguna guerra antigua. Maestro armero, pistola, maquinista, regidor. Me sentía obligado a seguir en mi butaca leyendo. Tenía la sensación de estar rindiéndome ante alguna deficiencia moral. El caso más grave se produjo tras el plano final de una importante producción de Hollywood cuando los créditos empezaron a pasar, proceso que se prolongó durante cinco, diez, quince minutos y que incluía cientos de nombres, un millar de nombres. Era la decadencia y caída, un espectáculo de exceso casi igual que la propia película, pero yo no quería que terminase.

Era parte de la experiencia, todo contaba, absórbelo, sopórtalo, conductor especialista, decoración de plato, pagador de nóminas. Leí los nombres, todos ellos, casi todos ellos, personas reales, quiénes eran, por qué tantos, nombres que me acechaban en la oscuridad. Para cuando terminaron los créditos me había quedado solo en el cine, quizá hubiera alguna anciana sentada por ahí, una viuda a quien sus hijos no llamaran nunca. Dejé de hacerlo cuando empecé a trabajar en la industria, sin pensar en ella como industria. Era cine, sólo eso, y yo estaba decidido a hacerlo, una película. *Un film. Ein Film.*

Aquí, con ellos, no echaba de menos el cine. El paisaje empezó a parecerme normal, la distancia era normal, el calor era climatología y la climatología era calor. Empecé a comprender lo que quería decir Elster cuando afirmaba que el tiempo aquí es ciego. Más allá de los matorrales y de los cactus locales, sólo olas de espacio, un trueno distante de vez en cuando, la espera de la lluvia, la mirada, pasadas las colinas, hasta una cadena de montaña que ayer estaba aquí y que hoy se pierde en cielos sin vida.

—Calor.

—Cierto —dijo Jessie.

—Di la palabra.

—Calor.

—Siente cómo pulsa hasta metérsete dentro.

—Calor —dijo ella.

Estaba sentada al sol, era la primera vez que la veía hacer tal cosa, vestida como siempre, vaqueros arremangados hasta las pantorrillas ahora, camisa hasta los codos, y yo permanecía a la sombra, mirándola.

—Te va a costar la vida.

—¿Qué?

—Estar ahí sentada al sol.

—¿Qué otra cosa puede hacer uno aquí?

—Quedarte dentro y planificar tu jornada.

—Sí, pero ¿dónde estamos? —dijo ella—. Ni eso sé.

Yo no utilizaba el móvil y apenas tocaba el portátil. Empecé a encontrarlos débiles, por rápidos que fueran y por mucho alcance que

tuvieran, artilugios abrumados por el paisaje. Jessie intentaba leer ciencia ficción pero nada de lo que llevaba leído por ahora encajaba ni poco ni mucho con la vida normal en este planeta, dijo, por pura y simple inimaginabilidad. Su padre descubrió dos mancuernas en un armario, tres o cuatro kilos cada una, fabricadas en Austria. ¿Cuánto tiempo llevaban aquí? ¿Cómo llegaron? ¿Quién las utilizaba? Él se puso a usarlas ahora, levantándolas y respirando, primero un brazo, luego el otro, arriba y abajo, emitiendo un sonido como de hombre en mitad de una estrangulación controlada, asfixiándose autoeróticamente.

¿Qué hacía yo? Llenaba la nevera de poliestireno con bolsas de hielo y botellas de agua y me iba por ahí a circular sin rumbo, oyendo cintas de cantantes de blues. Le escribí una carta a mi mujer y luego intenté decidir si enviársela o hacerla pedazos o esperar un par de días y volver a escribirla y enviarla o hacerla pedazos. Lanzaba cáscaras de plátano desde la plataforma, para que se las comieran los animales y dejé de contar los días transcurridos desde mi llegada, unos veintidós más o menos.

En la cocina me dijo: «Sé lo de tu matrimonio. Erais de los matrimonios que se cuentan todo. Tú le contabas todo a ella. Te miro y lo veo en tu cara. Es lo peor que se puede hacer en un matrimonio. Contarle todo lo que sientes, todo lo que haces. Por eso piensa ella que estás loco.»

Durante la cena, ante una nueva tortilla, ondeó el tenedor y dijo: «Como comprenderás, no es cuestión de estrategia. No hablo de secretos ni de engaños. Hablo de ser tú mismo. Si lo revelas todo, si desnudas todos tus sentimientos, pidiendo comprensión, pierdes algo fundamental para tu noción de ti mismo. Necesitas saber cosas que los demás no saben. Lo que los demás no saben es lo que te permite conocerte a ti mismo.»

Jessie rotaba los vasos y los platos en el armario, para que no usáramos siempre los mismos, descuidando los demás. Lo hacía en periódicos arranques de energía, posesa, elaborando una disposición sistemática en el fregadero, en el escurridor y en las repisas. Su padre la alentaba. Secaba los

platos y se quedaba mirándola mientras ella los iba colocando, cada uno en su ranura. Jessie estaba en funcionamiento, estaba ayudando en la casa y lo hacía en grado extremo, lo cual era bueno, lo cual era estupendo, decía él, porque qué sentido puede tener el hecho de fregar los platos si no te empuja a ello algo que rebase la mera necesidad.

Le dijo: «Antes de marcharte, quiero que veas un carnero cimarrón.»

Ella se quedó con la boca abierta y adelantó los brazos con las palmas abiertas, como preguntando a qué viene esto, qué he hecho yo para merecer esto, los ojos como platos, atónita niña de historieta gráfica.

Por la noche habló de las galerías de arte de Chelsea.

Visitaba las galerías con una amiga llamada Alice. Dijo que Alice era menos profunda que una moneda de diez centavos. Dijo que recorrían la larga calle escogiendo galerías al azar y mirando lo expuesto y luego volvían a bajar la calle y doblaban la esquina y tomaban por la calle siguiente, hablando y mirando, y un día se le ocurrió algo inexplicable. Hagamos lo mismo, subamos y bajemos las mismas calles, pero sin entrar en las galerías. Alice dijo sí como al instante. Lo hicieron y resultó tranquilamente emocionante, dijo, era como la mejor idea que se les había ocurrido en la vida. Bajar por esas calles más bien vacías entre semana y dejar de lado tácitamente el arte y luego cambiar de acera y subir por el otro lado de la misma calle y doblar la esquina y tomar por la calle siguiente y bajar la calle siguiente y cambiar de acera y subir por la misma calle. Bajar y luego subir y luego pasar a la calle siguiente, una y otra vez, sólo hablar y caminar. Francamente, la experiencia se hacía más profunda, dijo, mejoraba, resultaba más agradecida, una calle tras otra.

Por la noche permaneció al borde de la plataforma, vuelta hacia la oscuridad, con las manos en la barandilla.

Era una postura casi estudiada, impropia de ella, y me puse en pie, sin saber muy bien por qué, me puse en pie y me quedé mirándola. La luz del dormitorio de Elster aún estaba encendida. Pensé que me habría gustado

que ella se volviese y me viera ahí parado. Si decía algo, se daría cuenta de que estaba de pie. La procedencia de la voz le indicaría que estaba de pie y se preguntaría por qué y a continuación se volvería a mirarme. Así sabría qué podía querer ella, por el modo de darse la vuelta, por la expresión de su rostro, o lo que yo podía querer. Porque tenía que ser avisado, andarme con tiento. Éramos tres quienes aquí estábamos solos y yo era el del medio, el conflictivo en potencia, el jodido aguafiestas de la familia.

Cuando se apagó la luz del dormitorio de Elster me di cuenta de la inocente inversión que el momento representaba, un chico y una chica adolescentes de otra época esperando que los padres de ella se vayan a la cama, salvo por el detalle de que los padres estaban divorciados y amargados y la madre se había ido a la cama hacía tres horas, hora del Este, y no sola seguramente.

Le pedí que viniera a sentarse conmigo. Utilicé estas palabras, *siéntate conmigo*. Ella cruzó la plataforma y permanecimos un rato sentados. Dijo que había estado acordándose de una pareja de ancianos a quienes había llevado a los médicos y ayudado alguna vez. Veían la televisión durante el día y la mujer no dejaba de mirar al marido para comprobar cómo reaccionaba a lo que decían o hacían los de la pantalla. Pero él no tenía reacción, nunca tuvo reacción, nunca se daba cuenta siquiera de que ella la observaba, y Jessie pensó que aquello era el largo espectáculo del matrimonio, entero, gota a gota, una cabeza que se vuelve, la otra que no se entera. Perdían cosas todo el tiempo y se pasaban horas y luego días tratando de encontrarlas, el misterio de los objetos que desaparecen, gafas, plumas fuente, papeles de Hacienda, llaves por supuesto, zapatos, un zapato, ambos zapatos, y a Jessie le gustaba buscar, se le daba bien, los tres dando vueltas por la casa hablando, buscando, tratando de reconstruir los hechos. La pareja utilizaba viejas plumas fuente, con tinta de verdad. Eran gente agradable, no asquerosamente ricos, perdiendo cosas, colocándolas fuera de su sitio, dejándolas caer. Se les caían las cucharas, se les caían los libros, perdían los cepillos de dientes. Perdieron un cuadro de una gloria viva de la pintura norteamericana y Jessie lo encontró arrinconado en un armario. Luego observó cómo la mujer miraba al marido para captar su

reacción y fue consciente de que había pasado a formar parte del ritual, una que mira a la otra mirar al otro.

Eran todo lo normales que se puede ser sin dejar de ser normal, dijo. Un poco más normales y habrían resultado peligrosos.

Alargué el brazo y le cogí la mano, sin saber por qué. Me gustaba imaginarla con todos aquellos ancianos, tres inocentes registrando la casa durante horas. Me dejó hacer, sin dar ninguna señal de haberlo notado. Era parte de su asimetría, la mano fláccida, el rostro sin expresión, y ello no me llevaba necesariamente a pensar que el momento pudiera extenderse hasta incluir otros gestos, más íntimos. Estaba sentada junto a uno cualquiera, hablando por mediación mía con la mujer del sari en el autobús que cruza la ciudad de punta a punta, con la recepcionista de la consulta del médico.

Nada de esto importaba cuando la luz del padre se encendió. No supe cómo soltarle la mano sin sentirme ridículo. El movimiento tenía que ser estratégico, no táctico, tenía que ser de cuerpo entero, y me levanté y me acerqué a la barandilla, la mano detalle incidental. Él salió arrastrando los pies y pasó a mi lado, pijama con olor a viejo, cuerpo viejo, el dormitorio, las sábanas, su muy confiable olor siguiéndole el rastro hasta su sillón.

—¿Quiere usted una copa?

—Whisky, solo —dijo él.

Desde el interior me llegó el ruido de la puerta mosquitera abriéndose y cerrándose, y vi a Jessie cruzar el cuarto de estar y seguir por el pasillo, final de la noche, una de las cien veces que la había entrevisto o que me había cruzado con ella o entrado cuando salía, una pequeña vida entera de no encuentros, como una hermana cuando está creciendo, sólo que ahora produciendo estática, una aleatoria agitación del aire.

Volví a la plataforma con su whisky, vodka para mí, un cubito de hielo, vasta noche, luna en tránsito. Cuando era pequeña, dijo, y yo esperé mientras bebía un sorbo de su vaso. Tenía que tocarse el brazo o la cara para saber quién era. Pasaba pocas veces pero pasaba, dijo. Se llevaba la mano al rostro. Ésta es Jessica. Su cuerpo no estaba ahí hasta que no lo tocaba. Ahora no se acuerda, era pequeña, médicos, pruebas, su madre le daba un pellizco, la menor de las reacciones. No era de esos niños que necesitan amigos imaginarios. Era imaginaria para sí misma.

No hablamos entonces de nada especial, cuestiones de menaje, una visita al pueblo, pero ciertos temas susurraban en los márgenes. El amor del padre, ése era uno de ellos, y la vida embarrancada del otro hombre, y la joven que no quería estar aquí, y otras cuestiones también, implícitas, la guerra, su papel en ella, mi película.

Dije: «La cámara en su trípode. Yo me siento al lado. Usted me mira a mí, no a la cámara. Empleo luz ambiental. ¿Hay ruido de la calle? No nos importa. Es una filmación primate. El alba de la humanidad.»

Una leve sonrisa. Sabía que estaba hablando por hablar. El motivo para estar aquí empezaba a desvanecerse. Estaba aquí, sencillamente, hablando por hablar. Quería perder la noción de volver allí, a la responsabilidad, a las antiguas aflicciones, a la quemazón de emprender algo que no llevaría a ninguna parte. ¿Cuántos principios hacen falta para que uno empiece a ver las mentiras en su propia emoción? Un día sin tardanza nuestra conversación, la de él y la mía, será como la de ella, meras palabras, autónomas, sin referente. Estaremos aquí como están aquí las moscas y los ratones, localizados, viendo y sabiendo solamente lo que nuestra escasa naturaleza nos permita. Un idilio opaco en las llanuras del verano.

«La caída del tiempo. Eso es lo que noto aquí», dijo. «El tiempo haciéndose lentamente viejo. Enormemente viejo. No por días. Éste es un tiempo profundo, que hace época. Nuestras vidas que se alejan, perdiéndose en el largo pasado. Eso es lo que hay fuera. El desierto del Pleistoceno, la norma de la extinción.»

Pensé en Jessie durmiendo. Cerraba los ojos y se esfumaba, es una de sus virtudes, pensé, cae en el sueño inmediato. Todas las noches igual. Duerme de lado, ovillada, embrionaria, respirando apenas.

—La consciencia se acumula. Empieza a reflejarse en sí misma. Hay algo en ello que se me antoja matemático. Hay casi una ley matemática o física con la que aún no hemos dado, según la cual la mente trasciende en todas direcciones hacia adentro. El punto omega —dijo—. Sea cual sea el significado que se otorgue al término, si alguno tiene, si no es un supuesto de lenguaje que se abre camino con esfuerzo hacia una idea exterior a nuestra experiencia.

—¿Qué idea?

—Qué idea. El paroxismo. Una sublime transformación de la mente y del alma o alguna convulsión mundana. Queremos que ocurra.

—Usted considera que queremos que ocurra.

—Queremos que ocurra. Algún paroxismo.

Le gustaba la palabra. La dejamos ahí colgada.

—Piénsalo. Nos expulsamos completamente del ser. Piedras. Suponiendo que no tengan ser. Suponiendo que no haya algún desplazamiento profundamente místico que ponga el ser en una piedra.

Nuestros dormitorios, el de ella y el mío, tenían una pared común, y me imaginé tendido en la cama, en estado de percepción superficial, medio alucinatoria, hay una palabra para ello, y traté de pensar la palabra en dos niveles, aquí sentado en la plataforma y allí tumbado en la cama, hipnagógico, eso era, y con Jessie a un metro de distancia, soñando serenamente.

—Ya vale por esta noche —dijo él—. Más que suficiente.

Parecía estar buscando un sitio en que dejar el vaso. Se lo cogí y me quedé observándolo mientras entraba en la casa, y luego no tardó en encenderse la luz de su dormitorio.

O completamente despiertos, imposible dormir, ambos, y ella está acostada de espaldas, con las piernas separadas, y yo estoy incorporado, fumando aunque lleve cinco años sin un cigarrillo, y ella lleva puesto lo que sea que se ponga para meterse en la cama, una camiseta hasta los muslos.

Seguía con el vaso de Elster en la mano. Lo puse en el suelo de la plataforma y terminé el mío, despacio, y luego lo coloqué en el suelo junto al otro. Entré en la casa y apagué un par de luces y luego me quedé delante de su puerta. Había espacio entre la puerta y el umbral, y abrí la puerta y permanecí allí, esperando que la oscuridad se ablandara hasta el punto de permitirme ver las formas. Luego allí estaba ella, en la cama, pero me llevó algún tiempo darme cuenta de que me estaba mirando. Estaba bajo la sábana mirándome directamente y luego se dio la vuelta y se puso de cara a la pared opuesta, subiéndose la sábana hasta el mentón.

Pasó otro momento antes de que devolviera la puerta a su posición original. Volví a salir y permanecí un rato ante la barandilla. Luego ajusté al máximo el sillón reclinable y me repantigué con los ojos cerrados, las

manos en el pecho, y traté de sentirme nadie en ningún sitio, una sombra que forma parte de la noche.

Elster conducía en hosco silencio. Era lo habitual. Incluso sin tráfico, había fuerzas acumuladas en oposición, dependiendo del día y del momento —las condiciones de la carretera, la amenaza de lluvia, la noche a punto de caer, otras personas en el vehículo, el propio vehículo—. El GPS funcionaba bien, avisaba cuando había que torcer, confirmando los detalles de pasadas experiencias. Cuando venía Jessie, tumbada a todo lo ancho del asiento trasero, él trataba de escuchar lo que dijese y el esfuerzo lo hacía encorvarse sobre el volante en tensa concentración. A ella le gustaba leer las señales viarias en voz alta. Área restringida, Área de avenidas de agua, Teléfono de urgencia, Peligro de derrumbe durante diez kilómetros. Íbamos él y yo solos esta vez, al pueblo a comprar comestibles. No quería que yo condujera, no se fiaba de los demás al volante, los demás no eran él.

En el mercado fue desplazándose por las estanterías, eligiendo cosas y echándolas en un cesto. Yo hice lo mismo, nos repartimos la tienda, yendo con rapidez y eficacia y cruzándonos de vez en cuando en algún pasillo, evitando el contacto ocular.

A la vuelta me quedé absorto en los garabatos de alquitrán de las reparaciones en el camino asfaltado. Iba amodorrado, mirando hacia delante, y pronto las salpicaduras en el parabrisas se hicieron más interesantes aún que el alquitrán. Cuando salimos de la pista y empezamos a circular sobre gravilla, redujo drásticamente la velocidad y el blando balanceo casi me dejó dormido. No llevaba puesto el cinturón de seguridad. Él solía decir «cinturón de seguridad» nada más arrancar el vehículo. Me enderecé en el asiento y mecí los hombros. Miré la arena que tenía en las uñas. La norma del cinturón de seguridad era por Jessie, pero ella no siempre la cumplía, pasamos por una rambla angosta y me vinieron ganas de emprenderla a golpes con el salpicadero, como un tantán, para que me bombeara la sangre. Pero me limité a cerrar los ojos y seguir ahí sentado, en ningún sitio, escuchando.

Cuando regresamos a la casa Jessie no estaba.

La llamó desde la cocina. Luego recorrió la casa buscándola. Quise decirle que se había ido a dar un paseo. Pero habría sonado falso. No era algo que hiciera estando aquí. No lo había hecho desde su llegada. Dejé la compra en la encimera de la cocina y salí a inspeccionar el área inmediata, abriéndome paso por arbustos espinosos y agachándome a mirar entre los troncos de mezquite. No sabía muy bien qué estaba buscando. Mi coche alquilado seguía donde yo lo había dejado. Miré el interior del coche y luego traté de detectar huellas recientes de neumático en la zona arenosa por la que se llegaba a la casa y luego ambos permanecemos en la plataforma observando fijamente lo inmóvil.

Era difícil pensar claramente. La enormidad, toda aquella extensión vacía. Jessie aparecía una y otra vez en algún campo interno de visión, indistinta, como algo que me hubiera olvidado de decir o hacer.

Volvimos a entrar en la casa y miramos con más atención, cuarto por cuarto, localizando su maleta, registrando su armario, abriendo cajones de la cómoda. Apenas hablábamos, no hacíamos conjeturas de cómo ni dónde. Elster hablaba, pero no a mí, unos cuantos refunfuños perplejos sobre la condición impredecible de Jessie. Fui por el pasillo hasta el cuarto de baño que ella y yo compartíamos. La bolsa de aseo en el alféizar de la ventana. Ninguna nota pegada al espejo. Corrí las cortinas de la ducha, haciendo más ruido del que habría querido hacer.

Luego pensé en el cobertizo, que nos habíamos olvidado del cobertizo. Experimenté un extraño regocijo irreflexivo. Se lo dije a Elster. El cobertizo.

Había sido la primera vez que íbamos a algún sitio sin ella. No había querido acompañarnos pero tendríamos que haberle dicho algo, y su padre lo hizo, pero tendríamos que haberle insistido, tendríamos que haber sido inflexibles.

Bueno, no era imposible, un largo paseo. El calor había disminuido durante los últimos días, había nubes, incluso ráfagas de aire.

Quizá no quisiera pasar un solo minuto más en este sitio y se hubiera acercado andando hasta la carretera más cercana, con la esperanza de que alguien la recogiera. Era difícil de creer que le pareciera posible llegar a San Diego y luego tomar un vuelo a Nueva York, sin llevar nada encima, al

parecer, ni una cartera. La cartera estaba en su tocador, con unos cuantos billetes y monedas dispersos a su alrededor, con las tarjetas de crédito en su ranura.

Me detuve delante del cobertizo. Cien años de basura, eso es lo que vi, cristal, harapos, metal, madera, sola aquí, la habíamos dejado sola, y la sensación en el cuerpo, la pura mortalidad en mis brazos y hombros, no saber qué decirle a él, y la posibilidad, la débil presunción de que estuviéramos en la plataforma bajo la luz menguante y llegara ella por el sendero de arena y nosotros apenas pudiéramos creer lo que estábamos viendo, él y yo, y sólo nos llevaría un momento olvidar las horas recientes y nos sentaríamos a la mesa para la cena y seríamos las personas que siempre habíamos sido.

Él estaba dentro de la casa, en el sofá, muy inclinado hacia delante y hablándole al suelo.

—Traté de que viniera conmigo. Le hablé. Tú me oíste. Dijo que no se sentía bien. Dolor de cabeza. A veces le duele la cabeza. Quería quedarse y echar un sueñecito. Le di una aspirina. Le llevé una aspirina y un vaso de agua. Vi cómo se tragaba la puñetera pastilla.

Parecía que intentaba convencerse de que todo había ocurrido como él lo contaba.

—Hay que llamar.

—Hay que llamar —dijo—. Pero van a decirnos que es demasiado pronto. No hace más de un par de horas que se fue.

—Deben de estar todo el tiempo recibiendo llamadas por excursionistas perdidos. Siempre hay alguien que no aparece. Aquí, en esta época del año, sea cual sea la situación, tienen que entrar en acción rápidamente —dije yo.

No teníamos más teléfonos que los móviles, la conexión más rápida que se nos ofrecía para solicitar cualquier tipo de ayuda. Elster tenía un mapa de la zona con números que había anotado para el guarda, la oficina del sheriff y los vigilantes del parque. Yo cogí los dos teléfonos y arranqué el mapa de la pared de la cocina.

Contestó un hombre en el cuartelillo de los vigilantes. Le di el nombre, la descripción, el emplazamiento aproximado de la casa de Elster. Expliqué las circunstancias de Jessie, que no era ninguna senderista ni aficionada al

ciclismo de montaña, que no conducía, que no estaba preparada para aguantar la intemperie ni siquiera por un breve espacio de tiempo. El hombre me contestó que era un voluntario y que trataría de localizar al jefe, que estaba en una expedición de búsqueda de unos mexicanos a quienes habían pasado por la frontera para luego dejarlos abandonados sin comida ni agua. Había aviones de búsqueda, perros rastreadores, GPS portátiles y muchas veces trabajaban de noche. Estarían atentos, dijo.

Elster seguía en el sofá, con el teléfono al lado. En la oficina del sheriff no contestaba nadie, había dejado un mensaje. Quería llamar al guarda ahora, alguien que conociese la zona, y yo traté de recordarlo con claridad, el rostro manchado por el sol y el viento, los ojos muy juntos. Si Jessie ha sido víctima de un crimen, pensé, me gustaría saber dónde estaba ése, mientras.

Elster llamó, el teléfono sonó más de diez veces.

Acabé de colocar lo que habíamos comprado. Traté de concentrarme en ello, dónde va cada cosa, pero los objetos parecían transparentes, veía a través de ellos, pensaba a través de ellos. Él estaba fuera de nuevo en la plataforma. Recorrí la casa una vez más, en busca de una indicación, un indicio de intención. El impacto se había ido acumulando desde el primer momento, difícil de asimilar. No quería plantarme ahí fuera y permanecer a su lado vigilando. El miedo se hacía más profundo en su presencia, la premonición. Pero pasado un rato vertí whisky sobre hielo en un vaso alto y se lo llevé y en seguida la noche nos rodeó por doquier.

4

Esfumarse en el aire, eso era lo que había querido hacer, para lo que estaba hecha, dos días enteros, ni una palabra, ni una señal. ¿Se había extraviado más allá del borde de la conjetura o estábamos nosotros deseando imaginar lo ocurrido? Traté de no pensar más allá de la geografía, en todo momento definida por la desolación que nos rodeaba. Pero la imaginación era en sí misma una fuerza natural, incontrolable. Los animales, pensé, y lo que les hacen a los cuerpos en estado salvaje, en la mente, ningún lugar seguro.

El día antes, con todas las llamadas telefónicas hechas y todas las alertas, desde fuera vi un vehículo en el horizonte flotando lentamente en movimiento, ondulado entre el polvo y la calima, como en una toma larga de una película, un momento de lenta expectativa.

Era el sheriff local, cara ancha y rojiza, barba recortada. Un helicóptero permanece en el aire, dijo, rastreadores por tierra. Lo primero que quería saber era si había habido alguna desviación reciente en las pautas normales de comportamiento de Jessie. La única desviación, le dije, es el hecho de que esté desaparecida.

Lo acompañé por toda la casa. Parecía buscar señales de lucha. Comprobó el cuarto de Jessie y dirigió unas palabras a su padre, que había permanecido todo el tiempo en el sofá, incapaz de moverse, por efecto de los fármacos o por falta de sueño. Elster no dijo casi nada y se mostró confundido ante la presencia de un hombre uniformado en la casa, un hombre grande que empequeñecía la habitación, insignia en el pecho, pistola al cinto.

Fuera el sheriff me dijo que en este punto no había evidencia de ningún delito que investigar. El procedimiento más adelante consistiría en coordinar un programa con funcionarios de otros condados para revisar los libros de entrada de los moteles, los registros telefónicos, los alquileres de coches, las reservas de vuelos y otros apartados.

Mencioné al guarda. El sheriff dijo conocerlo desde hacía treinta años. Era naturalista voluntario, experto en plantas locales y fósiles. Eran vecinos, dijo, y a continuación, mirándome, enunció varias categorías de personas en apuros, terminando por las que acuden al desierto a suicidarse.

Elster se avino a hacer la llamada, finalmente, a la madre de Jessie. Probé sitios por él y la cobertura más clara estaba fuera, a última hora de la tarde, situándose uno de espaldas a la casa. Habló en ruso, el cuerpo se le vino abajo, le resultaba difícil elevar la voz por encima del susurro. Hubo pausas largas. Escuchaba, luego volvía a hablar, cada palabra una alegación, la respuesta de un hombre acusado, negligente, estúpido, culpable. Permanecí en su cercanía, comprendiendo que su única incursión en un torpe inglés había sido un desesperado intento de imitar a su interlocutora, una expresión de pánico compartido e identidad parental. Un helicóptero apareció en el pálido cielo por el Este y observé que Elster enderezaba la postura, lentamente, con la cabeza levantada, tapándose del sol con la mano libre.

Más tarde le pregunté si había hecho lo que le había dicho que hiciera. Apartó la mirada y echó a andar hacia su dormitorio. Le había dicho que sacara el tema del amigo de Jessie, el hombre con el que salía. ¿No era por eso por lo que la madre la había enviado aquí? Me quedé a la puerta de su dormitorio. Él se sentó en la cama, con la mano levantada en un gesto que no supe interpretar. Qué más da o qué tiene que ver o déjame en paz.

Quería el puro misterio. Puede que a él le resultara más fácil, algo más allá del húmedo alcance de la motivación humana. Yo trataba de pensar sus pensamientos. El misterio tenía su verdad, más profunda cuanto más

carente de forma, un significado elusivo que podría ahorrarle todos los demás detalles explícitos que de otro modo se presentarían en su mente.

Pero no eran éstos sus pensamientos. No sabía cuáles eran sus pensamientos. Apenas si conocía los míos. Podía reflexionar en torno al hecho de la desaparición de Jessie. Pero en el corazón, en el mismo momento, en el punto físico crucial, sólo un agujero en el aire.

Le dije:

—¿Quiere usted que llame yo?

—No tiene sentido. Alguien que está en Nueva York.

—No se supone que tenga sentido. ¿Hay algo que tenga sentido? Las personas que desaparecen nunca tienen sentido —le dije—. ¿Cómo se llama, la madre de Jessie? Yo hablaré con ella.

Hasta la mañana siguiente no se avino a darme el número de teléfono. Comunicando durante media hora, luego una mujer muy enfadada que se resistía a contestar las preguntas de alguien a quien no conocía. La conversación estuvo un rato sin ir a ningún sitio. Lo había visto una vez, no sabía dónde vivía, ni qué edad tenía exactamente, ni cómo se ganaba la vida.

—Basta con que me diga su nombre. ¿Puede usted?

—Tiene tres amigas, esos nombres sí me los sé. Pero vea a quien vea, vaya donde vaya, no presta atención a los nombres, no dice los nombres.

—Pero este hombre. Salían juntos. Lo conoció usted, me ha dicho.

—Porque insistí. Dos minutos estuvo. Luego se marcharon.

—Pero le diría su nombre, o se lo diría Jessie.

—Puede que me lo dijera, sólo el nombre de pila.

No lograba acordarse del nombre, y ello la enfurecía aún más. Le pasé el teléfono a Elster y él le dijo algo para calmarla. No había salido bien, pero yo no pensaba renunciar. Le recordé que en aquel hombre había algo que no le gustaba. Dígame qué, le dije, y ella contestó de buena gana por una vez.

Durante una semana o más hubo llamadas telefónicas. Si contestaba ella, colgaban el teléfono. Sabía que era él, tratando de hablar con Jessie. En la pantalla aparecía número oculto. Era él todas las veces, el que colgaba con suavidad, y lo recordaba allí de pie, en el umbral, como alguien a quien

vemos tres veces por semana, un recadero con la compra, y sin embargo no conseguimos acordarnos de qué cara tiene.

—La última vez que veo número oculto descuelgo el teléfono y no digo nada. Nadie habla. Estamos jugando a un juego tonto. Él espera, yo no digo nada. Un minuto entero. Luego le digo sé quién eres. Y él cuelga.

—Parece usted muy segura de que era él.

—En ese momento es cuando le digo a Jessie que se tiene que marchar.

—Y cuando se marchó.

—Ni una sola llamada más —dijo la madre.

Él dejó de afeitarse, yo ponía especial empeño en afeitarme todos los días, en no hacer nada distinto. Esperábamos noticias. Yo quería salir, meterme en el coche y unirme a los buscadores. Pero me figuré a Elster con un puñado de píldoras para dormir, un frasco entero. Me figuré un bulto apelmazado, un amasijo, un conglomerado de treinta o cuarenta píldoras y la baba cayendo. Me senté a hablar con él sobre los medicamentos de su botiquín. Sólo la dosis habitual, le dije. Lea dos veces las instrucciones, haga caso de las advertencias. Eso le dije, de hecho, haga caso de las advertencias, y la frase no sonó artificial. Me lo figuré a la puerta de su cuarto de baño, con la boca abierta en parte por la densa masa, un intento vacilante, un sabor literal, una mano en cada jamba, yo abrazándolo.

Jessie no tenía móvil, pero la policía estaba comprobando los registros para ver si había hecho o recibido llamadas con nuestros teléfonos. Comprobaban también los libros de entradas de los moteles, los datos sobre crímenes en condados y estados próximos.

—No podemos marcharnos.

—No, no podemos.

—¿Qué pasa si vuelve?

—Uno de nosotros tiene que estar aquí —le dije.

Era yo quien se ocupaba de las tortillas, ahora. Él parecía preguntarse qué era lo que se suponía que tenía que hacer con el tenedor. Yo preparaba el café por la mañana, ponía en la mesa el pan, los cereales, la leche, la mantequilla y la mermelada. Luego iba a su dormitorio y lo sacaba de la

cama. No ocurría nada que no estuviese marcado por la ausencia de Jessie. Él apenas comía. Iba por la casa como quien va pasando la fregona por el suelo, con los pasos determinados por una laboriosa circunstancia.

Lo esperaban en Berlín a la semana siguiente, una conferencia, una mesa redonda, no tenía muy claros los detalles.

Empezó a ver cosas con el rabillo del ojo, el derecho. Entraba en una habitación y atisbaba algo, un color, un movimiento. Cuando volvía la cabeza, nada. Le ocurría un par de veces al día. Yo le dije que era fisiológico, siempre el mismo ojo, una disfunción de tipo rutinario, menor, sucede a partir de cierta edad. Se volvía y miraba. Había alguien allí pero luego no era ella.

Yo estaba contando los días otra vez, como había hecho al principio. Días que faltan. Uno de los dos casi siempre en la plataforma, montando la guardia. Lo hacíamos hasta bien entrada la noche. Se convirtió en un ritual, una observancia religiosa, y a menudo, cuando ambos coincidíamos fuera, completamente sin palabras.

Manteníamos cerrada la puerta de su dormitorio.

Él empezó a parecer un recluso de los que pueden vivir en una chabola dentro de una mina abandonada, un viejo desaseado, temblón, arrancado de sus raíces, con prevención en los ojos, miedo de un paso al siguiente que alguien o algo están esperando.

Ahora la llamaba Jessica, su verdadero nombre, el de nacimiento. Hablaba a retazos, abriendo y cerrando la mano. Yo veía cómo iba siendo arrastrado insistentemente hacia adentro. El desierto era clarividente, eso era lo que él siempre había creído, que el paisaje desenmaraña y revela, que conoce el futuro igual que el pasado. Pero ahora lo hacía sentirse encerrado y yo lo comprendía, circundado, presionado de cerca. Estando fuera, percibíamos el desierto prospectándonos. Truenos estériles parecían colgar sobre las colinas, con la tormenta eléctrica vertiéndose hacia nosotros. Un centenar de infancias, dijo oscuramente. Qué quería decir, quizá el trueno, un blando fragor evocativo que resonaba desde el fondo de los años.

Me preguntó por primera vez qué había ocurrido. No lo que pensaba o adivinaba o imaginaba. ¿Qué ocurrió, Jimmy? No supe qué decirle. Nada que pudiera decirle era ni más ni menos probable que cualquier otra cosa.

Había ocurrido, lo que fuese que hubiera ocurrido, y no tenía sentido detenerse a pensar en ello, aunque lo hacíamos, claro, o yo al menos lo hacía. Él tenía el pasado íntimo en que pensar, el suyo y el de ella y el de la madre. Eso era lo que le quedaba, tiempos y lugares perdidos, la verdadera vida, una y otra vez.

Llamada nocturna, la madre.

—Creo que sé cómo se llama.

—Cree usted.

—Estaba durmiendo. Me desperté con su nombre. Es Dennis.

—Cree que es Dennis.

—Es Dennis, seguro.

—Nombre, Dennis.

—Eso fue todo lo que oí, el nombre. Acabo de despertarme, ahora mismo, es Dennis —dijo.

De noche, las habitaciones eran relojes. La quietud era casi completa, paredes desnudas, los tablones del suelo, el tiempo aquí y allí, en los caminos altos, cada minuto pasaba en función de nuestra espera. Yo bebía, él no. No le permitía beber y a él no parecía importarle. Las puestas de sol no eran sino luz moribunda ahora, el oscurecimiento de la probabilidad. Durante semanas lo único que teníamos que hacer era hablar. Ahora nada que decir.

El nombre sonaba a mal presagio, Jessica, sonaba a rendición oficial. Yo era el hombre que había permanecido en la oscuridad observando mientras ella yacía en la cama. Fuera cual fuera la sensación de haber tomado parte que tuviera Elster, la naturaleza de su culpa y su fallo, yo los compartía. Permanecía sentado, abriendo y cerrando la mano. Cuando oía helicópteros abatiéndose desde el sol, levantaba los ojos, sorprendido, siempre, luego recordaba por qué estaban ahí.

Comprobábamos a menudo la cobertura de los móviles, uno mirando en una dirección, el otro en la dirección opuesta, dentro de la casa, fuera, llamando y recibiendo llamadas, con el aparato en un oído, la mano libre en el otro, él está en la plataforma, yo a cuarenta metros sendero adelante.

Intentaba no mirarnos mientras lo hacíamos. Quería mantenerme dentro, donde el baile era una cuestión práctica. Quería estar libre de ver.

Empecé a utilizar las mancuernas que él había encontrado antes. Lo hacía en mi habitación levantando y contando. Llamé a los vigilantes del parque y al sheriff. No lograba olvidar lo que el sheriff había dicho. La gente viene al desierto a suicidarse. Tenía que preguntarle a Elster si alguna vez había manifestado tendencias. Jessica. ¿Estaba en tratamiento médico? ¿Tomaba antidepresivos? Su estuche de compañía aérea seguía en el cuarto de baño que habíamos compartido. No encontré nada, hablé con el padre, llamé a la madre, tampoco averigüé nada ni del uno ni de la otra que pudiera indicar una deriva en tal dirección.

Levantaba una pesa cada vez, luego ambas al mismo tiempo, veinte repeticiones con una mano, diez con la otra, levantando y contando, así sucesivamente.

Lo saqué a la plataforma y lo instalé en un sillón. Iba en pijama y con unas viejas zapatillas de tenis, sin anudar, sus ojos parecían rastrear un único pensamiento. Ahí era donde fijaba su mirada ahora, no en los objetos sino en los pensamientos. Me situé a su espalda con unas tijeras y un peine y le dije que había llegado el momento de cortarse el pelo.

Volvió la cabeza ligeramente, como para preguntar, pero yo se la volví a posicionar y empecé a recortarle las patillas. Hablé mientras trabajaba. Hablé en una especie de raudal de audio, peinando y cortando las hebras enredadas de un lado de su cabeza. Le dije que no era lo mismo que afeitarse. Llegaría el día en que querría afeitarse y tendría que hacerlo él mismo, pero el pelo de su cabeza era cuestión de estado de ánimo, suyo y mío. Dije muchas vacuidades aquella mañana, cosas obvias, creyéndomelas a medias. Liberé del elástico vermicular la trama de pelo entrelazado de la nuca e intenté peinarla y recortarla. No dejé de saltar a otras zonas de su cabeza. Él hablaba de la madre de Jessie, de su rostro y sus ojos, la admiración que él le tenía, con la voz menguándole, baja y ronca. Me sentí obligado a recortarle el pelo de las orejas, fibras largas y blancas que surgían en rizos de la oscuridad. Traté de desenroscar cada centímetro de

vegetación enmarañada antes de cortar. Habló de sus hijos varones. Esto no lo sabes, me dijo. Tengo dos hijos de mi primer matrimonio. Su madre era paleontóloga. Luego lo repitió. Su madre era paleontóloga. Estaba acordándose de ella, viéndola en la palabra. Le encantaba este sitio, y también a los chicos. A mí no, me dijo. Pero la cosa cambió con los años. Empezó a gustarle la idea de pasar temporadas allí, dijo, y luego el matrimonio se fue a pique y los chicos ya eran mayores y eso fue todo lo que logró decir.

Me situé a un lado, con la cabeza inclinada, y analicé mi trabajo. Me había olvidado de cubrirle la parte superior del cuerpo con una toalla y había pelo cortado por todas partes, en la cara, en el cuello, en el regazo y en los hombros, pelo en el pijama. No dije nada de los hijos. Seguí cortando. Si tenía que darle una ducha, le daría una ducha. Le metería la cabeza en el fregadero de la cocina y le lavaría el pelo. Lo restregaría hasta quitarle el olor agrio que arrastraba consigo. Le dije que ya casi había acabado, pero aún me faltaba. Luego me di cuenta de que había olvidado otra cosa, algo como un cepillo para quitarle todos esos pelos de encima. Pero no fui adentro a buscarlo. Seguí cortando, peinando y cortando.

La llamada llegó temprano. Los buscadores habían encontrado un cuchillo en un barranco profundo no lejos de una extensión de terreno llamada Área de Impacto, prohibida la entrada, un antiguo campo de tiro sembrado de proyectiles sin explotar. Habían asegurado un perímetro en torno al objeto y estaban expandiendo la búsqueda. El vigilante puso especial cuidado en no referirse al cuchillo como un arma. Podía haber sido de algún excursionista, de algún campista, para usos diversos. Me dio la localización aproximada de un camino de tierra que se acercaba a aquella zona y cuando terminamos de hablar encontré el mapa de Elster y en seguida localicé el Área de Impacto, un ancho retazo de geometría con los bordes enfrentados. Había unas finas líneas onduladas hacia el Oeste: cañones, ramblas y caminos mineros.

Elster estaba en su habitación durmiendo y me incliné sobre la cama y escuché su respiración. No sé por qué cerré los ojos mientras lo hacía.

Luego comprobé su botiquín para asegurarme de que el número de píldoras y pastillas de las diversas botellas no había descendido de modo apreciable. Hice café, le preparé un sitio y le dejé una nota diciéndole que me iba al pueblo.

No había rastro de sangre en la hoja, había dicho el vigilante.

Puse rumbo al pueblo y luego viré hacia el Este durante un tiempo y finalmente bajé al área en cuestión. Dejé el camino asfaltado y seguí un camino de rodadas hasta llegar a una larga rambla arenosa. Pronto hubo paredes de roca veteada al acecho del vehículo y no tardó mucho en presentármese un estrechamiento imposible. Me puse el sombrero, me bajé del coche y sentí el calor, su embate, su fuerza. Abrí el maletero y levanté la tapa de la nevera donde un par de botellas de agua yacían en hielo derretido. No sabía a qué distancia estaba de la zona de búsqueda y traté de llamar al vigilante pero no había cobertura. Me desplazé entre rocas achaparradas desprendidas de las alturas por inundaciones instantáneas o episodios sísmicos. El áspero camino tenía el aspecto y el tacto de granito desmenuzado. De vez en cuando hacía un alto y miraba hacia arriba y veía un cielo que parecía apresado, comprimido. Pasé largos ratos mirando. El cielo se estiraba tenso de borde a borde del acantilado, se percibía más estrecho y más bajo, eso era lo extraño, el cielo ahí arriba, habría bastado con trepar por la roca para tocarlo. Reanudé la marcha y llegué al final del pasadizo angosto y salí a un espacio abierto sofocado a nivel del suelo por maleza y fragmentos de piedra y subí prácticamente a cuatro patas hasta lo alto de un montón de gravilla y ahí tenía en su totalidad aquel mundo abrasado.

Atalayé las cegadoras oleadas de luz y cielo y bajé la mirada hacia las colinas plegadas y cobrizas que tomé por páramos, una serie de arrugas prístinas que se elevaban del suelo del desierto en alineaciones pautadas. ¿Podía alguien estar muerto allí? No logré concebirlo. Era demasiado vasto, no era real, la simetría de surcos y prominencias, me aplastaba, la desoladora belleza del conjunto, su indiferencia, y cuanto más me demoraba y más miraba mayor era mi certeza de que nunca obtendríamos respuesta.

Tenía que salir del sol y me deslicé por la ladera de escombros hasta terreno llano y una cuña de sombra, donde me extraje del bolsillo trasero la

botella de agua. Intenté de nuevo llamar al vigilante. Quería que me dijera dónde me encontraba. Quería que me dijera dónde se encontraba él, con indicaciones precisas esta vez. Quería llegar al escenario sólo para ver, para percibir lo que allí hubiera. Supuse que ya habrían enviado el cuchillo a algún laboratorio forense del condado. Supuse que el sheriff habría actuado de conformidad con la información que yo le había dado sobre las llamadas telefónicas de número oculto que recibió la madre de Jessie. Dennis. En mi pensamiento lo llamaba Dennis X. ¿Habría justificación legal para rastrear las llamadas? ¿Recordaba bien la madre el nombre de aquel hombre? ¿Seguiría el padre en la cama, devorado por los recuerdos, inmovilizado, cuando yo volviera a entrar en la casa? El agua estaba tibia y química, descompuesta en moléculas, y bebí un poco y me eché el resto por la cara y la camisa.

Regresé a la rambla bajo la línea de cielo sin hondura y luego me detuve y apoyé la mano en la pared del acantilado y percibí la roca estratificada, grietas horizontales o fallas que me hicieron pensar en enormes alzamientos. Cerré los ojos y escuché. El silencio era completo. Nunca había experimentado una quietud como ésta, nunca una nada tan envolvente. Era no obstante esa nada lo que giraba en torno a mí, o Jessie, cálida al tacto. No sé cuánto tiempo permanecí allí, escuchando con todos los músculos de mi cuerpo. ¿Era posible que olvidara mi nombre en este silencio? Retiré la mano de la pared y me la puse en la cara. Sudaba copiosamente y me limpié con la lengua el húmedo mal olor de los dedos. Abrí los ojos. Allí seguía, en el mundo exterior. En seguida algo me hizo volver la cabeza y tuve que decirme que mi asombro era lo que era, una mosca, zumbando cerca. Tuve que decirme la palabra, mosca. Me había encontrado y se había acercado, en todo este espacio torrencial, zumbando, y lancé un vago manotazo hacia el ruido y luego reanudé la marcha en dirección al estrechamiento. Me movía con lentitud y cerca de la pared, bajo sombra intermitente. Pasado un tiempo, empecé a pensar que ya debería haber llegado al vehículo. Estaba cansado, tenía hambre, se me había terminado el agua. Me pregunté si aquella hendidura, aquel paso, no tendría un ramal norte y otro sur, y si cabría la posibilidad de que me hubiese metido por el ramal equivocado. No logré convencerme de que no

era posible. El cielo parecía ahusarse hacia un punto en que confluían las paredes del acantilado y pensé en dar media vuelta. Extraje la botella de agua del bolsillo y traté de estrujarle un par de gotas. Cada pocos pasos me decía de volver pero seguía adelante, apretando el paso. No estaba seguro de que éste fuera el mismo sendero de granito desmenuzado por el que había venido. Traté de recordar el color y la textura, incluso el sonido que mi calzado hacía en los ásperos granos. En el mismo momento en que supe que estaba perdido vi que el camino se ensanchaba ligeramente y allí estaba el vehículo, una mierda de metal y cristales, cubierta de polvo, y abrí la puerta y me dejé caer en el asiento. Metí la llave y pulsé el botón de arranque y el botón del ventilador y par de botones más. Luego me recosté un momento y respiré varias veces con lentitud y pausa. Había llegado el momento de decirle a Elster que nos volvíamos a casa.

Aquella noche no pude dormir. Fui cayendo en una ensoñación tras otra. La mujer de la habitación contigua, al otro lado de la pared, a veces Jessie, otras veces no clara y sencillamente ella, y luego Jessie y yo en su cuarto, en su cama, entretejiéndonos, girando y arqueándonos al modo del mar, al modo de las olas, un imposible momento de sexo transparente largo como la noche. Tiene los ojos cerrados, el rostro sin fijar, es Jessie y al mismo tiempo es demasiado expresiva para ser ella. Parece estar derivando de sí misma incluso cuando la atraigo a mi interior. Estoy ahí excitado pero apenas me veo mientras permanezco ante la puerta abierta observándonos a los dos.

Lo miré. El rostro iba hundiéndosele gradualmente en la densa armazón de la cabeza. Iba en el asiento del pasajero y yo dije las palabras quedamente.

—El cinturón de seguridad.

Dio la impresión de oírme con retraso, sabiendo que había hablado pero sin llegar a unir las palabras para darles sentido. Empezaba a parecer una radiografía, todo cuencas de los ojos y dientes.

—El cinturón de seguridad —le repetí.

Me lo abroché yo y aguardé, observándolo. Íbamos a utilizar el vehículo alquilado, el mío. Lo había lavado con la manguera. Había preparado las bolsas y las había metido en el maletero. Había hecho una docena de llamadas telefónicas. Esta vez asintió con la cabeza y empezó a buscar la correa por encima de su hombro derecho.

La estamos dejando atrás. Era duro pensarlo. Habíamos acordado al principio que uno de los dos tenía que estar aquí, siempre. Ahora una casa vacía al llegar el otoño y luego a lo largo del invierno y ninguna posibilidad de que ella regresara alguna vez. Me desabroché el cinturón y me incliné hacia delante para ayudarlo a ponerse el suyo. Luego llevé el vehículo hasta el pueblo para llenar el depósito y pronto estábamos otra vez desplazándonos a través de zonas de fallas y entre pedestales de roca arremolinada, la historia que pasa por delante de la ventanilla, montañas formándose, mares retirándose, la historia de Elster, el tiempo y el viento, un diente de tiburón marcado en la piedra del desierto.

Hacía bien en sacarlo de allí. Se habría quedado en cincuenta kilos si hubiéramos seguido. Lo llevaba con Galina, que así se llamaba, la madre, y lo confiaría a su compasión. Míralo, tan débil, tan derrotado. Míralo, inconsolablemente humano. Están juntos en esto, me dije. Ella querrá compartir la horrible experiencia, me dije. Pero aún no la había llamado para decirle que volvíamos a casa. Galina era la llamada que me asustaba hacer.

De vez en cuando lo miraba de soslayo. Iba echado hacia atrás, con los ojos muy abiertos, y me dirigí a él como lo hice mientras le cortaba el pelo, deambulando por aquella larga mañana, tratando de hacerle compañía, de distraernos ambos. Pero ya no había casi nadie con quien hablar. Parecía más allá de la memoria y de su madeja de pesares, hombre reducido a su esbozo más accesorio, sin peso. Llevaba el coche y le hablaba, contándole sobre nuestro vuelo, sobre nuestro número de vuelo, señalándole que estábamos en lista de espera, recitándole la hora de salida, la hora de llegada. Hechos en blanco. En el sonido de mis palabras creí percibir una tenue estrategia para devolverlo al mundo.

El camino empezó a elevarse, el paisaje de alrededor se volvía verde, casas dispersas, un campamento de remolques, un silo, y él empezó a toser

y jadear, luchando por desprender una flema. Creí que iba a asfixiarse. El camino era estrecho y empinado, con guardarraíl al borde, y no había nada que yo pudiera hacer salvo seguir adelante. Al final logró expeler la porquería, la juntó y se la escupió en la palma de la mano. Luego se quedó mirándola ahí, bamboleándose, y lo mismo hice yo, por un momento, algo fibroso y espeso, pulsante, verde perla. No había dónde ponerlo. Conseguí extraerme un pañuelo del bolsillo y se lo tendí. No sé qué vio en aquel puñado de mucosidad pero siguió mirándolo.

Pasamos junto a una hilera de robles de hoja perenne. En seguida graznó unas cuantas palabras.

—Un humor de los antiguos.

—¿Qué?

—La flema.

—La flema —dije yo.

—Un humor de los antiguos y de la Edad Media.

El pañuelo le había quedado en el muslo. Alargué el brazo y lo cogí, sin apartar los ojos del camino, y lo sacudí y se lo coloqué en la mano, encima de la masa informe. Se oyó pasar por detrás de nosotros un helicóptero y traté de localizarlo en el retrovisor y luego miré a Elster. No se movía, continuaba con la mano abierta, bajo el pañuelo. Dejándola atrás, a ella. Oímos el ruido del rotor perderse gradualmente en la distancia. Se limpió la porquería de la mano y luego arrugó el pañuelo y lo dejó caer en la alfombrilla entre sus pies.

Proseguimos en silencio detrás de una lancha remolcada por una camioneta negra. Recordé su observación sobre la materia y el ser, aquellas largas noches en la plataforma, medio aplastados, él y yo, la trascendencia, el paroxismo, el fin de la consciencia humana. Todo ello parecía un eco muerto ahora. El punto omega. A un millón de años. El punto omega se ha estrechado, aquí y ahora, es la punta de una navaja mientras penetra en el cuerpo. Todos los grandes temas de este hombre reducidos por un embudo de dolor localizado, un cuerpo, por ahí, en algún sitio, o no.

Pasamos entre pinares y a lo largo de un lago, pájaros pequeños sobrevolando el agua a baja altura. Iba con los ojos cerrados y su respiración era un zumbido nasal en tono bajo. Traté de pensar en el futuro,

semanas y meses desconocidos por delante, y me di cuenta de qué se había mantenido al margen del pensamiento hasta ahora. Era la película. Recordé la película. Aquí está otra vez, el hombre y la pared, el rostro y los ojos, pero no otra cabeza parlante. En el cine el rostro es el alma. El hombre es un alma atribulada, como en Dreyer o en Bergman, un personaje deficiente en un drama de cámara, justificando su guerra y condenando a los hombres que la hicieron. Ya nunca llegaría a ser, ni un solo fotograma. Elster no tendría la firmeza de voluntad ni el mero corazón suficientes para ello y yo tampoco. La historia estaba aquí, no en Iraq ni en Washington, y la estábamos dejando atrás y llevándola con nosotros a la vez.

El camino empezó a bajar hacia la autopista. Él iba atado como un niño pequeño, durmiendo. Pensé en el aeropuerto, el equipaje, buscarle una silla de ruedas. Pensé en los humores medievales. Me quedé mirándolo, cotejándolo.

Ahí estábamos, saliendo de un cielo vacío. Un hombre más allá de saber o no saber. El otro sabiendo solamente que llevaría algo consigo a partir de este día, una inmovilidad, una distancia, y que se vio a sí mismo en el concurrido loft de otra persona, donde coloca la mano en la áspera superficie de una vieja pared de ladrillo y cierra los ojos y escucha.

Pronto estuvimos circulando en dirección oeste, coches y camiones en racimos, tráfico traqueteante, cuatro carriles, y sonó mi móvil. Dejé pasar un momento, me lo desenganché de la cadera y dije sí. Sin respuesta. Dije sí, mirando la pantalla, *NÚMERO OCULTO*. Dije sí, diga, elevando la voz. Sin respuesta. Miré a Elster. Ahora tenía los ojos abiertos, con la cabeza vuelta hacia mí, más alerta que nunca durante la semana anterior. Dije sí y miré la pantalla. *NÚMERO OCULTO*. Accioné el apagado y volví a guardar el teléfono en el estuche enganchado a mi cinturón.

Odiaba conducir en autopista, tráfico más denso ahora, coches zigzagueando entre carriles. Mantuve los ojos en la carretera. No quería mirarlo a él, no quería oír preguntas ni especulaciones. Iba pensando seis cosas a la vez. La madre. Recordó el nombre del chico mientras dormía. Pensaba que alguien me estaría devolviendo la llamada. Eso era todo, todo lo que podía ser, alguien a quien conocía me estaba devolviendo la llamada de anoche o de esta mañana, amigo, colega, casero, señal débil, transmisión

fallida. ¿Qué quería decir? Quería decir que pronto estaría sucediendo la ciudad, el Nueva York sin pausa, rostros, lenguajes, andamios por todas partes, el raudal de taxis a las cuatro de la tarde, con las señales de libre encendidas.

Pensé en mi apartamento, lo lejano que me parecería incluso cuando estuviera entrando por la puerta. Mi vida de un vistazo, todo incluido, música, película, libros, la cama y la mesa de trabajo, los cercos de esmalte chamuscado en torno a los quemadores de la cocina. Pensé en el teléfono sonando al entrar yo.

ANONIMATO 2

4 de septiembre

Norman Bates, aterradoramente suave, está colgando el teléfono.

El hombre permanecía contra la pared pensando por adelantado. Había empezado a hacerlo, saltarse escenas, acelerarlas mentalmente, visualmente, cuando ya no faltaba mucho para el cierre. No quería mirar el reloj. Trató de contener su impaciencia, de dirigir toda energía hacia la pantalla, ver lo que ocurría ahora.

La puerta abriéndose eternamente.

La franja de luz interior extendiéndose por el suelo mientras la puerta continúa moviéndose.

La sombra de la puerta desvaneciéndose bajo la puerta.

Estos momentos abstractos, todo forma y escalas, el dibujo de la alfombra, el grano del entarimado, vinculándolo a la alerta total, de ojos y de mente, y luego la toma del rellano desde arriba y el ataque al detective Arbogast.

Sus visitas a la galería se entreveraban sin costuras en la memoria. No recordaba qué día había visto una secuencia concreta ni cuántas veces había visto determinadas secuencias. ¿Podían llamarse así, secuencias, tan encalmadas como estaban, la cruda manufactura de un gesto, el largo arco de la mano hasta el rostro?

Estaba en su sitio, como siempre, en su sitio, en contacto corporal con la pared norte. El público pasando incómodo, entrando y saliendo. Se quedarían más tiempo, pensó, si hubiera sillas o bancos. Pero todo arreglo para sentarse sabotearía el concepto. La instalación desnuda y la oscuridad, y el aire frío, y el guarda inmóvil en la entrada. El guarda purificaba la

ocasión, la hacía más refinada y más rara. Pero ¿qué era lo que guardaba? El silencio tal vez. O la propia pantalla. Podían encaramarse a ella y arañarla, los turistas procedentes de los cines comerciales.

Estar ahí de pie era parte del arte, quien permanece de pie está participando. Como él, sexto día consecutivo que venía, último día de la instalación. Echaría de menos estar en esta sala, libre a veces de caminar en torno a la pantalla y observar desde el lado contrario, captar la zurdera de las personas y los objetos. Pero volviendo siempre a la pared, en contacto físico, no fuera que se encontrara haciendo qué, no estaba seguro, transmigrando, pasando de este cuerpo a una temblorosa imagen de la pantalla.

Las partes tediosas de la película original ya no eran tediosas. Eran como todo lo demás, fuera de cualquier categoría, abiertas a la catalogación. Esto era lo que le gustaba creer. Pero había veces en que cedía con más facilidad a la pantalla. Admitió esto, la pantalla vacía de personajes, la pantalla que revela un pájaro disecado o un único ojo humano.

Tres niños entraron, dos chicos y una chica, rubios intercambiables, con una mujer detrás.

No le entraba en la cabeza que el detective, Arbogast, claramente apuñalado una vez por debajo del corazón, fuera cayendo por la escalera con heridas de arma blanca en la cara. Quizá fuera que el espectador tenía que imaginar una segunda y tercera y cuarta cuchillada, pero él no estaba dispuesto a hacerlo. Había una clara discrepancia entre la acción y el efecto visible.

Trató de meditar sobre las dificultades del montaje. Trató de plantearse en los términos de una proyección convencional. No recordaba haber captado el problema la última vez que había visto la película, en la televisión. Puede que el error no sea detectable a veinticuatro fotogramas por segundo. En algún sitio había leído que ésa era la velocidad a que percibíamos la realidad, a que el cerebro procesa las imágenes. Alterando el formato se dejan los fallos al descubierto. Éste era un fallo que cualquiera tendería a perdonar, no siendo un hombre con el punto de vista atenuado. Si eso era él, pues eso era él.

Los niños se demoraron poco más acá del umbral, sin saber si les apetecía investigar lo que fuese aquel sitio en que se habían metido, y la mujer se deslizó por la pared lateral e hizo una pausa y miró la pantalla y luego se desplazó hasta la intersección de las dos paredes. Él observó que los niños iban desentendiéndose poco a poco de la película para mirar en derredor. ¿Dónde estamos, qué es esto? Uno de ellos miró hacia la puerta, donde estaba el guarda, con los ojos puestos en los estrechos de su desapego de jornada completa.

Arbogast sigue cayendo de espaldas por las escaleras.

Pensó una nueva situación. Fueron los niños quienes le hicieron pensarla, una situación en que la película se proyecta de principio a fin durante veinticuatro horas seguidas. ¿No había ocurrido esto en algún sitio, alguna vez, un museo distinto, una ciudad distinta? Meditó sobre cómo plantearía él los términos de una proyección así. Público selecto. Sin niños ni espectadores accidentales. Acceso prohibido una vez empezada la proyección. ¿Y si alguien quiere salir, tiene que salir? Vale, puede usted marcharse. Márchese, si no le queda más remedio. Pero una vez fuera, no volverá a entrar. Haga de ello una prueba personal de resistencia y dominio de sí mismo, una especie de castigo.

Pero castigo ¿por qué? ¿Castigo por mirar? ¿Castigo por plantarme aquí un día tras otro, una hora tras otra, en desdichado anonimato? Pensó en otros. Esto es lo que otros podrían decir. Pero ¿quiénes son estos otros?

La mujer parecía deslizarse por la pared invisiblemente, en pequeños incrementos fijos. Apenas la veía y estaba seguro de que ella no lo veía a él. ¿Estaba con los niños o no? Los niños eran tres objetos brillantes, quizá entre los ocho y los diez años, tomando luz de la pantalla, donde una muerte espeluznante se desmenuzaba en microsegundos.

Anthony Perkins como Norman Bates. Norman Bates como la Madre, acucillada ahora al pie de la escalera, con una peluca de viuda y un vestido hasta los pies. Se concentra como una araña sobre el detective, que está boca arriba en la alfombra del vestíbulo y reanuda su tarea de apuñalamiento.

Anónimos, él y el guarda del museo. ¿Era el de hoy el mismo guarda de los cinco días anteriores? ¿Era el guarda de los cinco días anteriores el

mismo durante toda la jornada? Tenía que haber un relevo de guardas en algún momento del día pero él no lo había notado o se le había olvidado. Entraron un hombre y una mujer, padres de los niños, código genético crepitando en el aire. Eran personas de buen tamaño, en pantalones cortos de color caqui, tremendamente tridimensionales, con bolsas de mano y mochilas. Él miraba la película, miraba a otros, miraba la película. En todo momento, la mente funcionando, el cerebro procesando. No quería que este día terminara.

Luego alguien dijo algo.

Alguien dijo:

—¿Qué estoy mirando?

Era la mujer detenida a su izquierda, más cercana ahora, y le hablaba a él. Esto lo confundió. La pregunta lo hizo mirar más fijamente la pantalla. Trató de absorber lo que ella había dicho. Trató de afrontar el hecho de que hubiera una persona parada junto a él. Esto no había ocurrido antes, no aquí. Y trató de ajustarse a la otra cosa que no había ocurrido, que no se suponía que fuera a ocurrir nunca. Que le dirigieran la palabra. Esta mujer parada de algún modo cerca de él estaba alterando todas las normas de la distancia.

Miró la pantalla, tratando de someter a consideración qué decir. Poseía un buen vocabulario, salvo para hablar con alguien.

Finalmente susurró:

—El detective privado. El que está tirado en el suelo.

Fue un susurro constreñido y no estaba seguro de que ella lo hubiese oído. Pero la respuesta fue casi inmediata.

—¿Puede interesarme saber quién le está dando de puñaladas?

De nuevo tuvo que pensar un momento antes de resolver la respuesta. Resolvió que la respuesta era no.

Dijo esto, «No», moviendo la cabeza para indicar finalización, al menos para sí mismo.

Esperó un tiempo, mirando la mano y el cuchillo en plano medio, aislados, y de nuevo le llegó, la voz en nada parecida a un susurro.

—Yo quiero morir tras una larga enfermedad de las de siempre. ¿Y usted?

Lo interesante de esta experiencia, hasta ahora, era que era toda suya. Nadie sabía que estaba aquí. Estaba solo y no identificado. No había nada que compartir, nada que tomar de los demás, nada que dar a los demás.

Ahora esto. De repente, entra en la galería, se coloca a su lado contra la pared, le habla en la oscuridad.

Era más alto que ella. Por lo menos había eso. No la estaba mirando, pero sabía que era más alto, un poco, ligeramente. No le hacía falta mirar. Lo notaba, lo sentía.

Los niños rubios salieron cabizbajos en pos de sus padres por la puerta y los imaginó dejando atrás al blanco y negro para siempre. Miró a la hermana de Janet Leigh y al novio de Janet Leigh hablando en la oscuridad. No lamentaba la ausencia de diálogo. No quería oírlo, no lo necesitaba. Nunca podría ver la verdadera película, la otra *Psicosis*, de nuevo. Ésta era la verdadera película. Estaba viendo todo aquí por primera vez. Tanto como ocurría dentro de un determinado segundo, tras seis días, doce días, ciento doce, visto por primera vez.

Ella dijo:

—¿Cómo será vivir a cámara lenta?

Si estuviéramos viviendo a cámara lenta, la película sería una película más. Pero no dijo esto, él.

Lo que dijo fue:

—Deduzco que ésta es su primera vez.

Ella dijo:

—Todo es mi primera vez.

Esperó que le preguntara cuántas veces había estado aquí. Aún estaba adaptándose a la presencia de otra persona pero ¿no era esto lo que había querido los últimos días, una compañera de cine, una mujer, dispuesta a hablar de la película, a valorar la experiencia?

Ella le dijo que se encontraba a un millón de kilómetros de lo que fuese que estuviera ocurriendo en la pantalla. Le gustaba. Le dijo que le gustaba la noción de lentitud en general. Hay tantas cosas que van tan de prisa, le dijo. Necesitamos tiempo para perder el interés por las cosas.

Los demás no los oían o no les importaba. Él miraba al frente. Estaba seguro de que el museo cerraría antes de que la película alcanzara su final

verdadero, el final de su historia, Anthony Perkins envuelto en una manta, los ojos de Norman Bates, el rostro acercándose, la sonrisa mórbida, la larga mirada inculpativa, la mirada cómplice a la persona que está ahí fuera en la oscuridad, observando.

Seguía esperando que ella le preguntara cuántas veces había estado aquí.

Un día tras otro, le contestaría. He perdido la cuenta.

Cuál es su secuencia favorita, le preguntaría ella.

Lo tomo momento por momento, segundo por segundo.

No imaginó qué podría decirle ella a continuación. Pensó que le gustaría apartarse un minuto, ir al servicio y mirarse al espejo. El pelo, la cara, la camisa, la misma camisa toda la semana, sólo mirarse brevemente y luego lavarse las manos y apresurarse a volver. Efectuó la localización por adelantado, servicio de caballeros, sexto piso, necesitaba verse por si ella seguía allí hasta el cierre y salían juntos de la galería y quedaban a la luz. ¿Qué vería ella cuando lo mirara? Pero permaneció donde estaba, con los ojos en la pantalla.

Ella dijo:

—¿Dónde estamos, geográficamente?

—La película empieza en Phoenix, Arizona.

No sabía por qué había nombrado la ciudad y el estado, ambos. ¿Hacía falta el estado? ¿Estaba hablando con alguien que no supiera necesariamente que Phoenix está en Arizona?

—Luego la localización cambia. California, creo. Por las señales de tráfico y las matrículas de los coches —dijo.

Entraron dos franceses, ella y él. Franceses o italianos, con pinta de inteligentes, permanecieron a la débil luz cerca de la puerta corredera. Quizá hubiera dicho Phoenix, Arizona porque ambas palabras aparecieron en la pantalla tras los créditos iniciales. Trató de recordar si el nombre del personaje de Janet Leigh estaba en los créditos iniciales. Janet Leigh en... pero no se le había quedado el nombre si acaso lo había visto.

Estaba esperando que la mujer le dijera algo. Se acordó del instituto, cuando ser más bajo que la chica con quien estuviese hablando lo hacía sentir ganas de tirarse al suelo y que lo pisaran los transeúntes.

—Hay películas demasiado visuales para su propio bien.

—No creo que ésta sea el caso —dijo él—. Creo que esta película está elaborada muy cuidadosamente, toma por toma.

Lo pensó. Pensó sobre la escena de la ducha. Pensó en ver la escena de la ducha con ella. Podría resultar interesante, los dos juntos. Pero la habían pasado el día anterior y la proyección se cortaba todos los días al cerrarse el museo, de manera que la escena de la ducha no entraría en el visionado de hoy. Y las anillas de la cortina. ¿Estaba completamente seguro de que eran seis las anillas que giraban en la barra cuando Janet Leigh en su caída mortal arrastra consigo la cortina de la ducha? Quería ver la escena otra vez, para confirmarse en las anillas de la cortina. Había contado seis, estaba seguro de que eran seis, pero necesitaba confirmarlo.

Semejantes vacilaciones se prolongan una y otra vez y la situación intensificaba el proceso, estar aquí, mirando y pensando durante horas, de pie y mirando, pensando dentro de la película, pensando dentro de sí mismo. O ¿era la película la que pensaba dentro de él, derramándose en su interior como una especie de fluido cerebral en fuga?

—¿Ha visto usted otras cosas del museo?

—Vine aquí directamente —dijo ella, y eso fue todo lo que dijo, de modo decepcionante.

Él le podía contar cosas sobre el argumento y los personajes pero quizá eso pudiera esperar a más tarde, con suerte. Pensó en preguntarle a qué se dedicaba. Como dos personas aprendiendo un idioma. ¿A qué se dedica usted? No lo sé, ¿a qué se dedica usted? Ésta no era la clase de conversación que deberían mantener aquí.

Quería pensar en ellos como almas gemelas. Se imaginó a ambos mirándose largamente, aquí en la oscuridad, una mirada franca y abierta, una mirada sincera, fuerte e indagatoria, y luego dejan de mirarse y se vuelven a poner los ojos en la película, sin intercambiar una sola palabra.

La hermana de Janet Leigh está acercándose a la cámara. Se adentra corriendo en la oscuridad, algo hermoso de ver, desacelerado, la mujer corriendo, vertiendo luz de fondo al acercarse, el rostro y los hombros débilmente marcados, con la oscuridad total cayéndole en torno. Esto es de lo que deberían hablar aquí, si hablan, cuando hablen, la luz y la sombra, la

imagen de la pantalla, la sala en que se hallan, hablar de donde están, no de lo que hacen.

Trató de creer que la tensión de su cuerpo la alertaba sobre el drama de la escena. Podría sentirla, junto a él. Esto es lo que pensó. Luego pensó en peinarse. No llevaba peine. Tendría que alisarse el pelo con las manos una vez situado ante un espejo, dónde y cuándo, sin que se notara, o ante alguna superficie reflectante de una puerta o una columna.

La pareja de franceses cambió de posición, cruzando la sala hasta la pared oeste. Eran una presencia positiva, atenta y él estaba seguro de que hablarían de la experiencia durante horas después. Imaginó la cadencia de sus voces, la pauta de énfasis y pausa, hablando durante la cena en un restaurante recomendado por algún amigo, un sitio indio, un sitio vietnamita, en Brooklyn, remoto, cuanto más cuesta llegar, mejor es la comida. Estaban fuera de él, personas con vida, era una cuestión de realidad. Esta mujer, la de al lado, mientras la miraba, era una sombra que se desplegaba de la pared.

—¿Está usted seguro de que no es una comedia? —dijo ella—. Viéndola...

Lo que veía era la casa alta y fantasmagórica cerniéndose sobre el motel de baja altura, el caserón donde la Madre permanece sentada a veces junto a la ventana del dormitorio y donde Norman Bates adopta la vestimenta del infierno travestido.

Pensó sobre esto, sobre Norman Bates y la Madre.

Dijo:

—¿Puede usted imaginarse viviendo otra vida?

—Eso es demasiado fácil. Pregúnteme alguna otra cosa.

Pero no se le ocurría ninguna otra cosa. Quería descartar la idea de que la película pudiera ser una comedia. ¿Veía ella algo que a él se le escapaba? ¿Acaso el lento pulso de la proyección revelaba algo a una persona y se lo ocultaba a otra? Miraron a la hermana y al novio hablar con el sheriff y la esposa. Se preguntó si sería capaz de orientar la conversación hacia una cena, aunque tampoco es que hubiera conversación en este momento.

Podríamos comer algo por aquí cerca, diría.

No sé, diría ella. Quizá tenga que estar en algún sitio dentro de media hora.

Se imaginó girando sobre sí mismo y acorralándola contra la pared con la sala ya vacía salvo por el guarda que mira al frente, a ningún sitio, inmóvil, la película pasando aún, la mujer acorralada, también inmóvil, mirando la película por encima de su hombro. Los guardas de museo deberían llevar pistola, pensó. Hay obras de arte de valor incalculable que proteger y un hombre armado purificaría el acto de ver en beneficio de todos los presentes en la sala.

—Bueno —dijo ella—. Tengo que irme ahora.

Él dijo:

—Se marcha.

Era una declaración sin relieve, se marcha, expresada reflexivamente, despojada de decepción. No le había dado tiempo de sentirse decepcionado. Miró el reloj sin motivo. Era algo que hacer en vez de quedarse ahí callado como un tonto. En teoría le daba tiempo para pensar. Ella estaba ya avanzando hacia la salida y él se dio prisa en seguirla, pero sin hacer ruido, con los ojos apartados de cualquiera que pudiese estar mirando. Se abrió la puerta corredera y él fue en pos de la mujer, a la luz del sol y hasta la escalera mecánica, piso a piso, y luego cruzando el vestíbulo y saliendo por la puerta giratoria a la calle.

Se situó a la altura de ella, procurando no sonreír ni tocar, y le dijo:

—¿Qué tal si hacemos esto mismo en un cine de verdad con butacas en que sentarse y personas en la pantalla que se rían y peguen gritos?

Ella se detuvo a escucharlo, medio vuelta hacia él, en mitad de la acera, con cuerpos pasándoles cerca.

Dijo:

—¿Sería una mejora?

—Seguramente no —dijo él, y esta vez sonrió. Luego dijo—: ¿Quiere usted saber algo de mí?

Ella se encogió de hombros.

—De niño hacía multiplicaciones en la cabeza. Un número de seis cifras por un número de cinco cifras. De ocho por siete, día y noche. Era un pseudogenio.

Ella dijo:

—Yo leía en los labios lo que decía la gente. Me fijaba en los labios y sabía lo que estaban diciendo antes de que lo dijeran. No escuchaba, sólo miraba. Ésa era la cosa. Podía cancelar el sonido de sus voces mientras decían lo que estuvieran diciendo.

—De niña.

—De niña —dijo ella.

La miró directamente.

—Si me das tu número de teléfono, te llamaré alguna vez.

Ella aceptó con un encogimiento de hombros. Ése era el significado del encogimiento de hombros, vale, sí, a lo mejor. Aunque si lo viera en la calle dentro de una hora probablemente no sabría quién era ni de qué lo conocía. Recitó el número rápidamente y echó a andar hacia el Este camino del centro y del exceso.

Él se metió en el vestíbulo abarrotado y encontró un hueco apretado en uno de los bancos. Inclino la cabeza hacia delante para pensar, para escamotearse de todo aquello, el tono sostenido de las voces, los idiomas, los acentos, gente en movimiento acarreando ruidos, vidas enteras de ruidos, un clamor rebotando en las paredes y el techo y era fuerte y lo cercaba, obligándolo a cubrirse. Pero tenía su número de teléfono, eso era lo que importaba, el número estaba asegurado en la cabeza. Llamarla cuándo, dos días, tres días. Mientras, estar sentado y pensar sobre lo que habían dicho, qué aspecto tenía, dónde podía vivir, en qué podía invertir su tiempo.

Entonces fue cuando la pregunta le vino a la mente. ¿Le había preguntado cómo se llamaba? No le había preguntado cómo se llamaba. Hizo el gesto interior de reprochárselo a sí mismo, una viñeta de dedo moviéndose con maestro y alumno. Vale, ésta era otra cuestión sobre la que podría pensar. Pensar en nombres. Escribir nombres. Ver si puedes adivinar su nombre por su rostro. El rostro se le había iluminado ligeramente cuando le contó lo de los números en la cabeza cuando era niño. No iluminado, sino quizá relajado, con los ojos mostrando interés. Pero la historia no era cierta. Nunca había multiplicado mentalmente grandes números. Esto era algo que a veces decía porque pensaba que lo ayudaba a explicarse a sí mismo ante los demás.

Miró al reloj a hurtadillas y no vaciló en acercarse a las taquillas y pagar el importe completo de la entrada. Tendría que ser la mitad de persona mayor, teniendo en cuenta la hora, o gratis, tendría que ser gratis. Se desentendió del billete que tenía en la mano y subió a toda prisa a la sexta planta, de dos en dos peldaños en la escalera mecánica, con todo el mundo yendo en sentido contrario. Entró en la oscura galería. Quería bañarse en el tempo, en el ritmo casi estático de la imagen. La pareja francesa se había marchado. Había una persona y el guarda y luego él, aquí para la última hora, ni eso. Halló su sitio en la pared. Quería inmersión total, significara lo que significara. Luego se dio cuenta de lo que significaba. Quería que la película se moviera aún más despacio, exigiendo una mayor participación del ojo y de la mente, siempre eso, lo que ve, abriendo un túnel en la sangre, en la sensación densa, compartiendo la consciencia con él.

Norman Bates, aterradoramente suave, está colgando el teléfono. Apagará la luz de la oficina del motel. Se desplazará por el sendero escalonado que conduce a la vieja casa, varias habitaciones iluminadas, cielo oscuro al fondo. Luego una serie de tomas, en diversos ángulos, recuerda la secuencia, permanece contra la pared y se anticipa. El tiempo verdadero carece de significado. La frase carece de significado. No existe tal cosa. En la pantalla Norman Bates está colgando el teléfono. Lo demás aún no ha ocurrido. Él ve por adelantado, con miedo de que el museo cierre antes de que termine la escena. El aviso sonará por todo el museo en todas las lenguas de los principales países museísticos y Anthony Perkins como Norman Bates dejará de subir las escaleras de su dormitorio, donde yace la Madre largo tiempo muerta.

La otra persona sale por la elevada puerta. Ya sólo quedan él y el guarda. Imagina que todo movimiento se detiene en la pantalla, que la imagen empieza a temblar y desvanecerse. Imagina que el guarda saca la pistola de la funda y se pega un tiro en la cabeza. Luego la proyección termina, el museo cierra, se queda a solas en la sala oscura con el cadáver del guarda.

No es responsable de estos pensamientos. Pero son suyos, ¿verdad? Vuelve a atender la pantalla, donde todo es tan intensamente lo que es. Mira lo que está pasando y quiere que ocurra más lentamente, sí, pero también

está lanzando su mente a toda carrera hacia el momento en que Norman Bates hará bajar a la Madre por la escalera con su camisón blanco.

Lo hace pensar en su madre, cómo no iba a hacerlo pensar en su madre, antes de que falleciese, ambos contenidos en un pequeño piso que será consumido por una elevación de torres, y aquí está la sombra de Norman Bates mientras permanece delante de la puerta de la vieja casa, la sombra vista desde dentro, y luego la puerta empieza a abrirse.

El hombre se separa de la pared y espera ser asimilado, poro a poro, para disolverse en la figura de Norman Bates, que entrará en la casa y subirá la escalera en tiempo subliminal, dos fotogramas por segundo, y luego girará hacia la puerta del cuarto de la Madre.

A veces se sienta junto a la cama de ella y dice algo y luego la mira y espera una respuesta.

A veces solamente la mira.

A veces un viento llega antes que la lluvia y provoca que los pájaros pasen volando delante de la ventana, pájaros del espíritu que cabalgan la noche, más extraños que los sueños.

AGRADECIMIENTO

Psicosis 24 horas (24 Hour Psycho), obra videográfica de Douglas Gordon, se pasó por primera vez en 1993 en Glasgow y en Berlín. Se instaló en el Museo de Arte Moderno de Nueva York en el verano de 2006.